

Textos del Taller de Escritura Creativa
Curso 2017-2018
Programa Aprendiendo Juntas

MICROCuentos de Isabel Mariscal

BANG!

-Venga, dispara, no tengas miedo- dijo el hombre bala.

AL PASAR LA BARCA

La niña bonita comprendió que el peaje más caro no se paga con dinero.

AMOR FRUTAL

En la sección de frutas de un gran establecimiento una piña no podía quitar sus ojos de un mango.

Tan intensa era que al final se decidió a preguntarle:

- ¿Por qué me miras tanto?

- Ay, es que estoy colada por ti...

PESADILLA

Heil Führer.

ÚLTIMA HORA:

"La competición de pesos pluma se disputará en las nubes".

ISABEL MARISCAL

ESCRITURA AUTOMÁTICA

Esa oscuridad fuerte y negra oscura espesa.

Esa puerta que cruje al tocar.

El frío que entra por la cortina se te pone los pelos de punta.

El viento arrastra y corre empuja quiebra retuerce.

El Sol entra por el poro la calor el olor a aire caliente seco y reseco.

La lluvia fió humedad dolor gris tristeza soledad olor a apulgarado aire frío agua.

Palabras que hieren duelen sangran sufren.

Cuando tus ondas de tu pelo me paseaban un fondo sin final.

PAKI ÁLVAREZ

EL MARZO MÁS VIOLETA

Muchos años después, mientras fotografiaba los rostros exaltados de las asistentes a la manifestación del 8 de marzo de 2018, Delia se retrotrajo hasta el día en que su abuela le regaló un juego de sábanas para su ajuar.

En aquel momento, Delia tenía 23 años y estaba a punto de finalizar una carrera que muchos esfuerzos le había costado. Trabajos para la universidad, trabajos para pagarse la carrera, trabajo de la casa. Sus últimos cinco años se habían traducido en desafíos constantes y cansancio para lograr el ansiado título que le prometía un presente pasable y un futuro esperanzador: un buen puesto de trabajo, viajes, independencia. Tanto esfuerzo valía la pena.

Su abuela materna, a quien adoraba, había vuelto de un viaje a Canarias. Tanto ella como su abuelo llegaron morenos y contando anécdotas completamente diferentes del viaje, por lo que parecía que para uno fue un auténtico placer y para otro una tortura.

- Delia- dijo su abuela, mientras rebuscaba en las maletas y bolsos de viaje los regalos que habían traído a los nietos.- ¡Qué me he acordado de ti! Fuimos a la Casa Museo de una tal Josefina de la Torre que resulta que fue escritora. Tanto tu abuelo como yo dijimos: "Esto le hubiera encantado a la Delia".

- ¿Sí? ¿Y era bonita? ¿Qué había?

- Era preciosa. Fuimos pasando por todos los sitios, porque se ve que era una mujer con dinero, la casa era una monería. A mí me recordaba a donde yo vivía de chica, con los muebles grandes y pesados, las cómodas, los mantelitos de croché... Pero vamos, que nosotros nos acordamos de ti por la biblioteca.

- Verdad- dijo su abuelo, parco en palabras como siempre.

- Tenía una biblioteca grandísima. Toda llenita de libros y con un escritorio precioso, con sus plumas y los tinteros y todo, vamos, con los que yo aprendí de chica a escribir. Pero con lo que nos quedamos morados tu abuelo y yo fue con una foto que le vimos.

Delia sonreía mientras la escuchaba. Su abuela, dulce heredera de un tiempo difícil para las mujeres, gesticulaba y sonreía mucho. Su forma de contar las cosas, detallada y paso por paso, parándose en los puntos clave, le hacían ser una narradora extraordinaria.

- Pues mira. Estábamos dando una vuelta, tú sabes, sin acercarnos mucho porque no podíamos, porque había un cordón de terciopelo. Cuando llegamos a una mesa con un cristal, había cosas de la mujer: su diario y unas fotos. Bueno, pues en una de las fotos, además que se lo dije a tu abuelo, niña, parecía que estabas tú, pero vestida como la foto de mi madre cuanto tenía veinte años. Mira la foto que le eché.

Delia miró la foto y rio para sus adentros. La foto que le mostraba era antigua y apenas se veía bien, podría ser cualquier mujer.

- Verdad, abuela. Es clavadita a mí.

La abuela salía del cuarto, con los regalos que había traído de Canarias para los nietos y la bisnieta. A los nietos, les trajeron un cartón de tabaco. A Delia, las sábanas para su ajuar.

Su cara se contrajo, porque le habían enseñado que tenía que ser agradecida y, aunque algo le molestara mucho, no demostrarlo, porque siempre hay que pensar más en los demás que en una misma. Lo que no le pudieron controlar fue el río subterráneo que se desbordó en su interior.

"No te digo nada porque veo tu cara y no quiero hacerte daño, abuela, pero a quién se le ocurre, que estoy terminando mis estudios y parece que os da igual, que no os dice nada, solo veis que tengo pareja y ya me estáis encaminando para ser la dueña de una casa que no quiero, para una vida que no me gusta, os escucho quejaros siempre de todo, del cansancio, de las penas y de las frustraciones y en vez de mirar lo que yo quiero, dais por sentado que ésa es la vida que debo llevar."

El muro de sonido que la envolvía la devolvió a su realidad inmediata y se sorprendió por haber vivido un instante que parecía sacado de *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez. Habían pasado casi diez años de aquella escena que fue determinante para encarar su vida desde ese momento. Terminó sus estudios y se preparó para una vida laboral que se había evaporado debido a la crisis que inundó el país, y que hizo que los sueños de toda una generación emigraran a tierras más prometedoras.

Las mujeres que la rodeaban y ella misma se tropezarán a menudo con la incompreensión, con la intransigencia y el abuso, pero nunca podrán con ellas. Se escribirán historias donde no solo serán celosas o madres, sino que conquistarán lo que es suyo por derecho propio, por vindicación, como le enseñó su profesora de escritura creativa.

Le aconsejaron que no fuera a la huelga, que eso solo traía disgustos. Y, sin embargo, ella estaba allí. Con su cámara, iba registrando los rostros de las personas presentes, mujeres que clamaban por la justicia, por el control de sus cuerpos, por sus destinos, dispuestas a "moñear" a quien se metiera con ella o con cualquiera de esas mujeres: todas hermosas y dignas de ser registradas en una foto, para que en un futuro alguien viera sus caras llenas de esperanza y les recordaran a alguien y ese hecho se repitiera como un eco.

Vio parejas de todos los colores. Vio delantales puestos como capas de súper heroínas. Vio fregonas hechas estandartes. Vio lágrimas de alegría de generaciones anteriores a la suya, porque estaban

viviendo un cambio largamente esperado. Vio abuelas como la suya, que habían tenido una vida difícil y sin opciones y estaban allí por sus nietas. Vio pancartas alzadas. Vio una sábana con una pintada y se alegró de haber cogido las que le regaló la abuela para pintar en morado: "Somos la voz de las que ya no tienen voz". Ése era su verdadero ajuar, el compromiso para con ella y para las generaciones de mujeres venideras.

MARÍA JESÚS MORENO PÉREZ

LOS PESTIÑOS DE MI ABUELA

El olor a ajonjolí me transporta a aquellos dulces años de mi niñez, en los que andaba correteando por los pasillos de aquella casa que compartíamos con mis abuelos.

Mi abuela era una mujer dulce, cual las torrijas y pestiños que amasaban sus tiernas manos. El olor que impregnaba toda la casa, cuando estos manjares bailaban en el perol, atraía a mis cinco sentidos como miel a las abejas.

Ella iba colocando cada una de estas piezas en aquel lebrillo dorado, con tanta delicadeza como si de un tesoro se tratase. Y efectivamente eso era, un tesoro de harina, miel, ajonjolí y canela. Un regalo que nos dejaron nuestros antepasados moriscos, y que mi abuela supo plasmar con la majestuosidad del amor que desprendía toda ella.

TONY BULLÓN

BRINDO POR LA VIDA

Cuando caigan las hojas en el otoño frío, abrigaré la luz de esa estrella misteriosa que dejó su estela junto a mis pasos.

Cuando la noche encierre en la oscuridad un pasado de penumbra, abriré mis brazos al amanecer

y escucharé la voz que siempre responde a mi llamada.

Cuando el camino deje un espacio en blanco, sin frontera, sin palabra, sin aliento, buscaré la máscara de mis sueños y haré realidad un sendero poderoso.

Cuando todo cambie estaré presente, aceptaré el regalo de la diferencia porque en ella está el camino que descubre un nuevo amanecer.

Cuando escuche el silencio de la montaña, buscaré en sus caminos rocosos el desafío de mi libertad.

Cuando solo quede el recuerdo vago de un sendero recorrido que se refugia en el silencio de un amanecer sin retorno...

Entonces, levantaré mi copa y brindaré por la vida.

LOLA LIGERO CORONEL

LA ESPERA

Andrea llegó exhausta hasta los lavaderos. Pero aun tendría que esperar un rato para lavar. Hoy había más mujeres que de costumbre.

Su novio el cabrero, que pasaba con sus cabras cerca del manantial, la llamó.

Mientras esperaban se amaron a la fresca sombra de un chaparro.

Mientras tanto, las cabras se comieron la ropa.

TONY BULLÓN

EL SUEÑO AZUL

Lucía se durmió sobre el pupitre. Cuando se despertó, su cabello teñido de azul había absorbido todo el contenido del tintero.

TONY BULLÓN

TRAVESÍA NOCTURNA

Podría empezar contando que mi cama, mullida y pegada a la pared de mi zulo-cuarto, es un barco. No imaginéis uno de esos trasatlánticos de vértigo, ni un velero con rótulos dorados. Ya os he dicho que está en un zulo-cuarto: la ubicación de la plancha usurpada por una cigüeña sorpresa. Por eso mi cama es más bien una barquilla pesquera que cada noche echa sus redes en un mar de sueños, una barca ya algo despintada, aunque de poco tiempo -qué son 24 años frente a la obsolescencia incierta...-, un desgaste a sazón de una vida que cada vez nos empuja más a no imaginar.

Pese a todo, yo, marinera inconsciente, me dejo llevar por el vientecillo que algunas noches entra por mi ventana, me aúpa a abrir velas y lanzarme a faenar.

Ya pocas veces capturo uno de esos peces payaso con los que, de risa, me hacía pipí en mi pijama de Barbie; pero, tampoco suelen aparecer tiburones dispuestos a hundirme la travesía, y hacerme volver a puerto gritando de la impresión. Ahora encuentro más bien pequeñas carpas: anaranjadas, similares y algo aburridas a decir verdad.

Solo en algunas jornadas llegan preciosos delfines blancos que me abrazan los recuerdos con su canto, y me hacen volver a puerto con un nudo de felicidad. En esos viajes sí me tiento a echar el ancla y zambullirme con ellos a nadar. Como si no existiera la tierra firme, como si no hubiese nada más. Sin embargo, para esos días, cuento con mi nueva grumete de tan sólo dos años, aunque con una firmeza y determinación impropias de su edad. Tiene un método infalible para esas excepciones en las que me resisto a atracar: maullarme despacito en mi oído hasta que consigo despertarme.

Hoy mi barquilla se adentra a una mar en calma mecida por olas juguetonas: la paz que suele atraer a las carpitas naranjas. Sin embargo hay algo que no me permite esperarlas tranquila. Como por un resorte, me abalanzo a la proa y lo único que veo es el pasar de la mar. Igual por la popa. Los pececillos no vienen. Me esfuerzo y los llamo. Vuelvo a mirar..., y el espejo marino me devuelve una imagen desconocida. Me esfuerzo en ver mejor, pero un repentino agarrotamiento me paraliza. Y sé que aunque suene ilógico, en un acto reflejo y brusco me tiro a la piscina de sal.

Noto como mi cuerpo va cayendo, y espero que ocurra el milagro repetido de ser devuelta a puerto por la mano mágica de Morfeo; abrir los ojos y, consciente, saber que todo acabó.

La asfixia desaparece y me creo salvada, así que abro los ojos, pero el escenario que me encuentro lo he visto mil veces pegada a *Españoles por el mundo*, o *Callejeros viajeros*. Un arrecife de coral inmenso salpicado de cuerpecillos plateados.

Me invade el vértigo de saberme deslizada por la mar tal y como hacen ellos; siento el oxígeno llenándome sin dificultad y ninguno se asusta ante mi presencia.

A la par que voy intentando tomar conciencia de lo que sucede, me va llenando una felicidad infantil al sentirme libre y nadadora experta. Bato mis pequeñas alas-aletas y, casi diría que vuelo entre anémonas, algas y plancton. Veo colores inundando todo; tonos rosados, azules, amarillos, grisáceos... ¿De qué color seré yo? Mis ojos sólo me dejan mirar a izquierda o derecha, pero no a mí misma.

En medio del palpitar acompasado del fondo marino, algo, una garra, me arranca de mi vuelo y me hace subir a la superficie. Abro los ojos con miedo y frente a mí encuentro una mirada intensa, y una boca que empieza a lamerme. -Es mi fin- pienso-, me van a devorar. En la batalla, el mundo consciente tira de mí y con mi ala-aleta abro la lamparita que tengo a la izquierda de mi cama. Magia: he vuelto a puerto; una vez más, mi fiel grumete me ha traído de regreso.

ISABEL MARISCAL

SU MARCHA

Iba un día andando por la tierra de la playa, con sus huesos viejos, su piel anciana y sus callos duros. Delante, parte de su familia. Él caminaba detrás, quiso despistarse un rato para ir a orinar, todos pensaron que no tardaría, pero después no volvió a aparecer. Después de unas horas tuvieron noticias de él, se lo había llevado una ambulancia. Se había ido a un viaje muy largo donde ya no lo podían encontrar. Algo le había pasado, todos lloraban. ¿Quién dice que no se fue para no ver a su familia sufrir, por lo que había pasado? Pienso que quiso hacerlo así, para evitar dolor a los suyos, pero para todos ellos permanecerá en el recuerdo. Fue un padre ejemplar, un ejemplo a seguir.

PAKI ALVAREZ

CRÍTICA A UNA SOCIEDAD SIN RUMBO

Caminé por el desierto, no me detuvo la sed,
ni el hambre, ni el cansancio, ni la soledad.
Solo veía el cielo azul y mi llegada a la civilización.
Por fin llegué: Me detuvo el frío, el cansancio, el hambre,
la soledad, el silencio de la muchedumbre, las iglesias llenas de gente,
los mendigos tirados por el suelo, los anuncios de bienestar social, la
inseguridad ciudadana, los asesinatos a mujeres indefensas, las risas de
los que han pagado un curso para reírse, los manicomios de puertas
abiertas, la humillación por la defensa de mis ideas.
Seguí caminando y tropecé con un gran cartel que decía
"Te pedimos que te comportes como un animal".

LOLA LIGERO CORONEL

YO SOY

Soy pensamiento, por su color violeta, por su nombre. Pensamientos que inundan mi mente.
Soy delfín, porque tienen los sentidos muy avanzados.
Soy golondrina inquieta, porque tienen el nido muy alto y ponen su amor en la tierra.
Soy higuera, por su modestia, porque todas sus ramas son verdes, yo le tengo cariño a la higuera.
Soy sofá, para el que llegue a casa se encuentre cómodo y confortable.
Soy castañuelas, por ese repiqueteo tan especial, que habla sin decir palabra.
Soy casa de campo, para absorber la energía de la naturaleza y respirar paz sin el estruendo de la gran
ciudad.
Soy Kerala, por ser un paraíso tropical con sus aguas claras y altos árboles de jacaranda y anacardos
repletos de frutos.
Soy atardecer en la playa, cuando el sol majestuoso se oculta, para dar paso a la luna, su amada.

SOCORRO OLEJUA ROMERO

LA IMPACIENCIA

Aquel era el primer día que iba a conducir un tren. Estaba tan nervioso que había pasado toda la noche
sin pegar ojo.
Se había levantado más temprano que de costumbre. Su cuerpo temblaba, no sabía si por la excitación
del momento o por el frío de aquella mañana del mes de enero.
Se acomodó en su asiento y, sin más dilación, puso la máquina en marcha. El tren comenzó a circular y al
coger la primera curva, Pablo presintió que iba más deprisa de lo que debiera. Al momento, el tren se
salió de la curva y volcó sobre la pista.
El joven se sintió decepcionado. Debería haber leído bien las instrucciones que los Reyes Magos habían
incluido en la caja de latón.

TONY BULLÓN

NO FUI

No fui fija, ni fui la antigua del trabajo.
Pero trabajé duro
por muchos años.
A veces sin descanso. Trabajos olvidados y también mal pagados.
No fui nada y aprendí mucho,
no tengo estudios, ni me rindo por nada.
Todo lo que aprendo lo enseño con ganas
a quien quiera escuchar.

PAKI ALVAREZ

MI ENCUENTRO CON UN EXTRATERRESTRE

Amaneció un día de primavera, muy limpio, mi amiga y yo decidimos salir a pasear. Nos fuimos al parque, el cual estaba a rebosar de personas, niños y familias. El parque era un vergel, brotaban las plantas y los árboles de un verde intenso, se respiraba un olor muy agradable a vegetación. Los niños corrían, las personas paseaban y hasta los pájaros estaban juguetones con el agua de la fuente, jugaban entre ellos chapoteando.

Paseando con mi amiga vi que se me acercaba un señor. Era alto, bien parecido, con traje, me preguntó qué tal me encontraba, pues nos veía muy contentas a las dos, yo le contesté que muy bien porque era un gran día. Empezó a dialogar conmigo, me dijo que venía de otros lugares de la tierra donde no había tanta alegría, había visto guerras, morir a mujeres y niños, incluso sitios donde el hambre era lo que imperaba, y parecía mentira que hubiera tantas desigualdades en nuestro mundo. Le pregunté por qué decía nuestro mundo, cuando era el suyo también, él me dijo que no, que venía de otra galaxia, donde no había las desigualdades de nuestra tierra, un lugar tan hermoso y el hombre lo está destruyendo, las personas no se respetan entre ellas y hay una gran desigualdad de clases. Parece que los gobiernos no se implican mucho en arreglar todo esto.

De donde yo vengo todos somos iguales, respetamos a los niños, mujeres y ancianos. Allí los más sabios son los ancianos, son los que dirigen todo. Yo le dije que estaba de acuerdo en todo lo que me había dicho, además el hacía que mi mente fuera como él quería, como si la manipulara. Al cabo de mucho hablar se despidió de mí como un caballero, mi amiga en todo ese tiempo ni lo vio ni escuchó nuestra conversación, fui yo la única que vivió aquel extraño episodio. Pero fue una experiencia extraordinaria. Antes de despedirse hizo que mi mente sobrevolara su galaxia, me impactó tanto que quisiera volver a ese planeta blanco y azul, que sólo pude observar desde el aire. Creo que allí todo funciona con energía limpia, de ahí su aspecto.

Quedamos para que yo lo visite. Sería un placer. Quedé totalmente prendada de él.

LOLA GIL

HÁGASE LA LUZ (REFLEXIÓN EN TORNO AL DÍA DEL TEATRO)

Para hacer teatro se necesitan dos cosas: luz y algo que contar. La luz es imprescindible en un medio artístico donde cada parte de nuestro ser forma un todo distinto: nuestra voz, nuestro cuerpo, nuestro movimiento y nuestros sentimientos se ceden por unos momentos, efímeros como la vida, a unos personajes que gritan por salir del papel.

El teatro es sacrificio y magia, es lección de humildad para ganar en poder sobre nosotros mismos, es religión profana. Sólo teniendo en cuenta sus propias contradicciones, podemos comprender lo que realmente significa. Cada vez que la tabla cruje bajo nuestros pies, echamos raíces en un medio hostil para volar muy alto y alcanzar un estado de felicidad cercano al orgasmo, donde por segundos somos libres de todo miedo.

Entender esto es complicado para quienes lo persiguen desde sus inicios. El teatro nace como una necesidad de preguntar a los dioses el porqué de sus acciones y establecía un diálogo con ellos, a fin de que cada persona del público encontrase su respuesta. Al poner a los dioses en escena, veíamos la imagen y semejanza nuestra y, con ellas, comprendíamos mejor nuestros defectos y valorábamos mejor nuestras virtudes. Sólo así sentimos compasión de Edipo. Sólo así admiramos la valentía de Antígona, desafiante de las leyes escritas por los hombres por cumplir las no escritas de los dioses. Sólo de esta forma, se podía dar voz a las mujeres de la guerra de Troya.

Ha sido censurado, vapseado y extorsionado, pero no han podido con él. El teatro sigue haciendo cuestionarnos el porqué de las cosas, pues no ofrece la asepsia de una pantalla de cristal con un botón donde apagar cuando algo no nos interesa. El teatro late en cada palabra, en cada silencio, en cada mirada cargada de intención. Esto provoca que el actor se enfrente de una vez a ese episodio que lo marcó de niño, y ahora comprende que aquello que vivió y le marcó tenía un propósito: dar verdad a una tristeza, a una alegría, a un desengaño.

Porque el teatro es verdad. Es abrirse en canal y vaciarse de emociones, para que eso que contamos, llegue hasta la última persona de la última fila, que llegó tarde o por probar. Es desafiar a nuestros miedos mirándolos cara a cara, es comprender que en todos nosotros vive una Bernarda Alba, una Laurencia, un Don Juan, una Celestina o una Harriet.

En una era donde la inmediatez comunicativa se mide por los *me gusta* de conocidos y desconocidos, donde los contactos virtuales son más importantes que los reales, en un momento en el que todo es más incierto que nunca, a pesar de todo el teatro sigue sobreviviendo. Sucede gracias a su propia magia, a su raíz religiosa, a su generosidad, a su compromiso. Y mientras haya luz donde enfocar injusticia, amor, desigualdad, se seguirá haciendo teatro.

MARÍA JESÚS MORENO PÉREZ

AMORES PLÁSTICOS

Desde la cama mirando al vacío te observo. Tú a penas reparas en mí. Estás distinto y he oído que has cambiado de vida. Lo sé. El poco tiempo que pasas en casa estás distraído, cómo perdido en vete a saber dónde.

Te tumbas aquí a mi lado con esa actitud de cacareo, dándome la espalda mientras te absorbe el estúpido móvil. Es verdad, ya no eres tú. Recuerdas cuando no podías parar de hablarle a todo el mundo de mí; cuando no había ningún rincón que no viéramos juntos...Ya no me tienes en los brazos como si fueran hogar, no soy el centro de tus horas.

Ahora dices que sales con alguien. Lo dices entre susurros a tus amigos. Como creyendo que no podrá nadie más leerte los labios. Que es guapa, muy alta, lista y hasta madura para su edad. Dices que te hace sentir vértigo por primera vez en el estómago. Cómo si no hubiéramos conocido antes la primavera tú y yo. De ella no sientes vergüenza, es con quien hablas a todas horas.

No sé qué queda de ti. Ahora sólo encuentro una mirada perdonavidas mientras te miras al espejo sin parar y derramas un bote de colonia por tu cabeza. Te he echado de menos. Me he sentido un juguete roto, sí. Pero ya no me importa. Si te tomaras un minuto para mirarme a los ojos te darías cuenta de que algo ha cambiado en mí. No vas a volverme a ver en tu cama. Alguien nuevo ha llegado. Me verás feliz conduciendo un descapotable rosa nuevecito. Y compartiendo el café con Dumbo. Tan sólo me alejaré dos habitaciones a la derecha. No me importa si en vez de un paracaídas llevo un sombrero de Hello Kitty, a los Action Man también nos queda bien.

No creo que puedas oír nada, sólo te oyes a ti mismo, cómo vas a escuchar a un muñeco de Mattel. Pero grábatelo: esto sí que es un final y no el de Toy Story, por mí que te den.

ISABEL MARISCAL

EL APRENDIZAJE

Mi primer recuerdo es el de escaparme el primer día en el que fui, a los cinco años, a lo que me pareció un lugar donde yo no podía tener libertad para hacer lo que quisiera: jugar, salir a la calle o ir al canal/corral, que era donde salíamos a hacer las diabluras que se nos ocurrían a mis hermanos y a todos los amigos que jugábamos juntos, en un espacio en el que mi madre consideraba que no había para nosotros, o al menos ella tenía controlados, eso era relativo, los percances que allí pasaran, brechas en la cabeza o en cualquier parte del cuerpo, roturas importantes de huesos y otros accidentes varios.

Pero volviendo al encierro, mi escapada duró lo que tardó mi madre en volver a llevarme, que serían cinco minutos, pues mi "cárcel" estaba a unos cien metros de mi casa. Después de la experiencia, no se me volvió a ocurrir repetirla.

Poco a poco me fui acostumbrando. La monja que me tocó como primera profesora era dulce y cariñosa con las alumnas. Como el resto de las monjas, su formación docente era corta. Aprendíamos algo de lengua - lo más básico-, aritmética -las cuatro reglas- y algunas pinceladas de la Historia de España: la grandeza de Fernando III El Santo, Los Reyes Católicos y Franco.

Otra de las materias que teníamos era la Urbanidad. El resto era Religión que tarde tras tarde nos iban inculcando con un sentimiento de culpabilidad que nos llevaría al infierno, que por supuesto existía, si no cumplías los mandamientos, los sacramentos y todas las normas que imponía de iglesia. Todo con la idea

de un dios castigador y vengativo, algo que me llegó a traumatizar, así como los ejercicios espirituales que nos obligaban a hacer a niñas menores de 11 años, después de haber hecho la comunión entre los 7 y los 8 años. A esta edad pasábamos al segundo periodo de formación, donde la monja era la otra cara de la moneda, de carácter seco, malhumorada, bajita y con una mano muy suelta y muy larga. También variaban las tardes, pues en vez de asustarnos con el libro de la historia sagrada, nos dedicábamos a las labores: bordados, punto de cruz, bolillos...

Pienso que el tener que abandonar el colegio a los once años, por problemas económicos de mi familia, fue una suerte, por lo frustrante que era aquella enseñanza de carácter religioso, al menos para mí. Lo más gratificante fue el compañerismo, la complicidad y sobre todo la amistad con algunas compañeras, sentimiento que con alguna perdura hasta hoy.

DOLORES ROMERO ALFARO

ESCRITORAS FAMOSAS

Mary Shelley tuvo la gran suerte de ser la hija del filósofo Willian Godwin y de la filósofa feminista Mary Wollstonecraft. Siendo hija de una pionera que escribió Vindicación de los Derechos de la Mujer, su vida causó escándalos y silencios. Su obra Vindicación que publicó en 1792, y la hizo famosa.

Su hija desde joven se interesó por la literatura, participó en la edición de obras de sus padres. Mary Shelley creó este personaje de Frankenstein por una disputa amistosa entre escritores, Lord Byron, Persey Bysshe Shelly y Jonhn Willian Polidon se retaron a escribir una obra de terror y el resultado fue la obra más famosa de todos los tiempos y el principio de la Ciencia Ficción.

Una reflexión sobre el hombre y la moral. Ha sido inspiración de numerosas versiones.

El hombre monstruoso y terrible se convirtió en Universal. Se casó con el filósofo Persy Bysshe Shelly.

Además del famoso *Frankenstein o el moderno Prometeo*, escribió otras obras: *Los surcos del azar*, *Estudio en Escarlata*, *Mans*, *Qué hacemos con los bancos*, *Soy un gato*

Escribió libros de viajes, relatos y poemas. Su libro más famoso cumple ahora 200 años.

Murió en 1851. Tanto madre como hijas fueron grandes escritoras, ¡un aplauso para ellas!

CARMEN ESCUDERO

MI AMIGO YAKY

Yaky apareció en nuestras vidas un mes de Agosto de un verano bastante caluroso, hace ya algunos años. Llegó deshidratado y en muy mal estado físico. Sus patitas estaban ensangrentadas. Parecía que había andado un largo camino bajo aquel sol ardiente. En aquella época dejaban a muchos animales abandonados a su suerte por los caminos, sobre todo en verano, cuando sus dueños se iban de vacaciones o bien se cansaban porque el cachorro había crecido. Se estaba poco concienciado con el derecho de los animales y los abandonaban si suponían un problema o un obstáculo.

Yaky entró en el pequeño jardín de nuestra casa, que tenía la verja abierta, para refugiarse del sol del mediodía, y se tumbó bajo la sombra de un frondoso naranjo. Mi madre bajó al jardín para regar las flores, que eran su pasión, y se encontró con el aquel desconocido tumbado en el suelo y sin apenas fuerzas. Enseguida se acercó y le ofreció agua fresca, que él bebió con gran avidez.

Era un cachorro de Pastor Alemán, de unos cuatro o seis meses. Aunque su pelo estaba sucio y debilitado, tenía un tono color castaño por todo el cuerpo y más claro por la cabeza, en perfecta armonía con el color miel de sus ojos, que miraban a mi madre agradecidos por aquella agua tan fresca. Seguidamente ella le acarició y le ofreció Comida. El se dejaba cuidar con gesto de nobleza. Le dimos un baño y curamos sus heridas. Además de sus patas ensangrentadas tenía una herida en el lomo, como si en una pelea le hubiesen mordido. Le preparamos una vieja alfombra a modo de cama para que descansara y pasara la noche cómodo.

Al día siguiente le llevamos al veterinario y este le hizo un reconocimiento completo. Además de vendarles sus heridas le administro antibióticos y algunas vacunas. Cuando el veterinario preguntó por su nombre para abrirle la ficha, mi madre decidió en ese momento llamarlo Yaky. Como el osito de una serie de dibujos animados, que estaban poniendo por aquella época en la tele.

Ella se encariño rápidamente con el pequeño cachorro y este le correspondía al cien por cien. El animal se recuperó pronto, en dos semanas estaba prácticamente restablecido. Con su pelo castaño brillante

de salud y sus ojos radiantes. Era bastante alegre y juguetón, no dejaba de dar saltos cada vez que nos veía. Se apoyaba sobre sus patas traseras y se ponía de pie sobre ellas para darnos un abrazo. A mi madre le encantaba, pero a mí me daba un poco de temor, ya estaba tan alto como yo. Le decía Yaky, no, y él obedecía..

Nuestro amigo no traía puesto collar ni ningún tipo de identificación. Por aquellos años no existían los *chips* para las mascotas. Cuando le dije a mi madre que deberíamos poner carteles por las calles con la foto de Yaky, por si sus dueños lo estaban buscando, se puso muy triste y se negó en redondo, diciéndome que entonces se lo podían llevar. La convencí, no sin gran esfuerzo, diciéndole que sus auténticos dueños lo estarían buscando, preocupados y tristes por su desaparición. Pusimos carteles por todo el barrio y por las señales de tráfico de la carretera cercana, por donde pensamos que Yaky se había perdido o lo habían abandonado. Nadie contestó nunca a nuestro anuncio. Y así fue como Yaky pasó a formar parte de nuestra familia. Fue el mejor regalo que el destino pudo hacerle a mi madre. Todas las mañanas salían a pasear por un campo cercano varias horas, y por la tarde volvían a pasear, los dos tenían una vitalidad increíble. Yaky, que parecía un patito feo cuando llegó a nuestras vidas, se convirtió en un imponente y precioso pastor Alemán, con una que presencia imponía respeto. Siempre me sorprendía la forma en que le hacía saber a mi madre que quería salir a pasear. Le cogía su mano con la boca, entre sus dientes y tiraba de ella sin hacerle tan siquiera un rasguño, o bien se ponía de pie sobre sus patas traseras, como queriendo abrazarla. Mi madre también cambió, se notaba feliz y se quejaba menos de sus dolores. Los dos formaban un gran equipo.

Una mañana salieron a pasear temprano, como todos los días. Al poco rato volvió mi madre sola, muy agitada y llorando, decía que unos hombres en una furgoneta blanca se habían llevado a Yaky. Ella intentó evitarlo pero no pudo hacer nada. Los hombres habían atado una cuerda al cuello del animal y lo montaron a la fuerza en el coche. Intenté tranquilizarla un poco, diciéndole que lo íbamos encontrar muy pronto, y le preparé una infusión de tila. Salimos a buscarlo en mi coche, durante todo el día y los siguientes, pero no lo encontramos. Le dije a mi madre que me indicara la zona por donde paseaban habitualmente, ella me dijo que con frecuencia llegaban paseando hasta su antigua casa, que ahora estaba en venta. Mi madre se puso muy triste y no quería pasear. Tuvimos que hacernos a la idea de que no lo encontraríamos. Como apareció en nuestras vidas, desapareció.

Pero un día pasó algo asombroso. Cuando volvía de mi trabajo, me acerqué a la casa vieja de mis padres para echarle un vistazo y comprobar que todo estaba en orden, y al salir del coche vi a Yaky tumbado en la puerta de la casa, como esperando a mi madre. En cuanto me vio, se metió directamente dentro del coche, que yo todavía mantenía con la puerta abierta.

Mi alegría era inmensa, y cuando llegamos a casa y vio a mi madre, se puso de pie sobre sus patas traseras y la abrazó mientras ella hacía lo mismo, lo besaba y abrazaba, llena de una mezcla de felicidad y asombro. Cuando le dije a mi madre donde lo había encontrado, supusimos que Yaky había logrado escaparse de sus captores y se había dirigido al lugar más cercano conocido, pues sabía que allí no tardaríamos en recogerlo. Fue un verdadero milagro volver a recuperarlo. Y mi madre recuperó con él su alegría.

Gracias Yaky, aunque ya no estés entre nosotros, nos diste muchos años de alegría. Siempre te recordaremos con amor.

ANA ALANÍS

AUSENCIA

Ya casi no recuerdo tus facciones. Solo puedo ver en la oscuridad de este sueño tu gran boca abierta. Esa mueca que siempre te caracterizaba cuando reías incansablemente a cada ocurrencia mía.

Han pasado cuarenta años y aun no he podido comprender por qué te fuiste tan pronto. ¿Por qué lo hiciste? Fue un acto cruel hacia ti y hacia mí. Quizá no pudiste prever las consecuencias de tus locuras, de tu vida libertina y desordenada, de tus placeres dislocados en ese día a día sin freno. No me diste oportunidad de ayudarte, de cuidarte, de sacarte de aquel pozo sin fondo donde te habías sumergido, no sé si voluntariamente o arrollado por el ambiente en el que quisiste dejarte mecer. Nunca te he podido perdonar aquella osadía, propia de personas que no tienen nada que perder. Pero tú si tenías a alguien que perder. Me tenías a mí. Yo hubiera hecho cualquier cosa por traerte de vuelta. Por librarte

de aquellas cadenas a las que te habías atado por tu propia voluntad. Por ayudarte a encontrarte a ti mismo. A ese muchacho que yo conocía tan bien y que tú despreciabas. Pero para ti no era suficiente. Querías probarlo todo. Estabas ávido de romper con todo, de cruzar la línea, de bordear precipicios; sometido a la inconsciencia de querer ser otro, de empezar de cero, de no conocer nada ni a nadie. A veces siento que te dejé partir. Que no fui lo suficientemente valiente para intentar atraparte, en aquel precipicio desde el que yo temía que me arrastraras. Ahora, con la perspectiva que dan los años, siento que nos tocó vivir en un mal momento y nos vimos atrapados inexorablemente en aquel destino cruel.

TONY BULLÓN

FLORECER

Como una flor que aún intenta florecer, cuando las demás están en todo su esplendor. Pequeña, cohibida entre tanta belleza rodeándola. Pero un día te sorprende. Un día ves que ha florecido. Y no tan solo eso, sino que es la más bonita del jardín, del lugar, de todas. Luce, resplandece y se ve inmarcesible. Demostrando a todo el que pensó que no llegaría a nada, que ha podido ser mucho más que algo.

MARINA RÍOS

SEAMOS POESÍA, SEAMOS TODO CUANTO QUEREMOS SER

Cultivemos todo lo que somos,
rebosemos por los poros todo lo que sabemos,
enseñémosles a los demás aquello que quieren aprender.
Aprendamos a la par.

Podemos ser versos, prosas, rimas, sílabas, estrofas.
Podemos ser letras, palabras, adjetivos.
Podemos ser dibujos, tinta, hojas.
Podemos ser todo lo que alcance nuestra imaginación.

Llegaremos a lo más alto si nos lo proponemos,
seremos fotos, escritos, trazos.
Tal vez algún que otro papel quemado.
Un cuaderno cogiendo polvo,
una vela medio derretida
esperando ser encendida.
Y esa será nuestra historia.
Seremos escritores, poetas,
fotógrafos de nuestro propio viaje.

Seremos poesía,
seremos todo cuanto queremos ser.

MARINA RÍOS

EL ENCUENTRO

Era un día como otro cualquiera, en medio de una gran ciudad llamada Tierra, se cruzaron sus caminos. Tres mujeres se miraron a los ojos, el destino las había reunido en ese lugar en el que se respiraba Paz, Amor, Unidad, Respeto. Las tres irradiaban una transparencia difícil de explicar. No se distinguía edad en sus semblantes, la vestimenta era una saya de color blanco esperanza, melena al viento, sonrisa en la cara, en los pies unas simples sandalias, y en la cabeza el universo entero.

-Hola soy Mary Wollstonecraft, hace años vine a ‘‘ Vindicar’’ los derechos de la mujer, donde no exista distinción de clase, sexo, religión, edad. Ese es el mundo que quería para mi hija Mary Shelley. En su día aporte mi granito de arena.

-Hola soy Mary Shelley, estoy buscando a mí amado Frankenstein. Estábamos muy unidos. Como le perdí la pista y necesitaba sentirme amada, inicié una relación sentimental con Percy Bysshe Shelley.

Las dos preguntaron a la vez:

- Y tú ¿Quién eres, cómo te llamas?

-Simplemente Yo Soy, y estoy buscando ese lugar donde el ser humano se encuentre a sí mismo. Donde encuentre el amor de verdad, donde no exista el odio, donde todos seamos hermanos. Respetando a nuestros semejantes, donde la igualdad esté por encima de todo.

Se miraron las tres, se cogieron de la mano, dando vueltas al coro cantando y bailando, viendo que allí empezaba una gran aventura.

SOCORRO OLEJUA ROMERO

ENTRE SÁBANOS Y UNA MANTA AZUL

Estaba sentada en la cama, entre sábanas blancas y una manta polar azul, pues aún dentro de la habitación, el ambiente era gélido.

Desde la ventana no se veía nada más que un cielo nublado y oscuro, amenazando con una próxima tormenta, y el reflejo húmedo de las cristaleras de los edificios de en frente. Rejas que separaban de la realidad del mundo exterior.

Largos pasillos de níveas paredes, algunas un tanto desconchadas por el roce de las cosas, y una sala a la que llamaban "de juego". Qué irónico. En ella se comía, se reposaba tras las comidas —más plástico que otra cosa— y se hacía algún que otro puzzle, pulsera con hilos, o mandala. ¿Pero cuán "de juego" llega a ser un lugar en el que se pasa tan mal? Aunque este se camufle con alguna que otra broma o risa.

Al salir de la habitación, Lara solía sentarse en uno de los sillones amarillo de la sala en la que, prácticamente, hacían vida. Le servía para evadirse de todo mientras escuchaba música, escribía o dibujaba, pero ese día su mente era ocupada por otra cosa.

—Lara —dijo la voz suave de un hombre—. Te toca.

La joven elevó la cabeza del folio a medio escribir y vio aquel rostro escondido tras unas gafas redondas, su pelo medianamente largo y rizado le daba un aire desaliñado.

Sin decir nada se levantó del asiento y dejó el bolígrafo junto al cuaderno. Después comenzó a caminar tras el hombre de bata blanca. La guiaba hasta una habitación vacía en la que, además de una cama, había dos sillones azules.

—Toma asiento —la chica obedeció a sus palabras, aunque sin emitir sonido alguno. Solo se limitó a mirarle—. ¿Cómo estás hoy?

Guardó silencio durante unos segundos, mirando por la ventana que tenía frente a ella, pero volvió a fijar la mirada en él.

—Bien. Como siempre.

El psiquiatra tenía un cuaderno en el que empezó a apuntar algo. Lara solo le observaba.

—¿Segura? Me han dicho que llevas unos días algo rebelde —dijo mientras escribía.

Ella negó con la cabeza, aquello no le gustaba.

—Tonterías —su tono era frívolo, se podría decir que tanto como el día mismo.

—Bien. Cuéntame, ¿qué es lo que ronda tu mente? —la muchacha volvió a guardar silencio y el mayor hizo una leve mueca con los labios—. Llevas dos meses ingresada, ¿qué piensas hacer? Dudo mucho que quieras quedarte aquí eternamente.

En ese momento la mandíbula de la chica se tensó dando a ver cierta molestia, pero respiró durante unos segundos y comenzó a hablar.

—No me pasa nada. Estoy bien. Controlo la ira, como todo lo que me ponéis delante, y hago todo lo que queréis —la joven puso los ojos en blanco—. ¿Cuánto tiempo me vais a tener aquí encerrada?

—Estarás aquí el tiempo necesario para que te cures y estés bien, Lara. Si sales ahora corres el riesgo de volver a recaer —la voz del psiquiatra sonaba firme, pero a la misma vez algo preocupada.

Durante esos dos meses había visto a la joven de pelo castaño al menos diez veces. Había seguido su evolución poco a poco y se veía que estaba mejor, pero no como para enfrentarse ella sola a los problemas que tenía encima. Aparte de su psiquiatra, con quien ella tenía más contacto era con sus compañeros de ingreso. En especial con su compañera de habitación, con quien había compartido momentos realmente buenos, inolvidables.

Ella quería salir de ahí, pero en el fondo le daba miedo lo que la esperaba fuera de las rejas de su habitación, del resguardo de sus sábanas, del pijama hospitalario.

Un sinfín de miedos la invadían de solo pensarlo.

MARINA RÍOS

LA MAQUINA MÁS COMPLETA DEL UNIVERSO

A veces me pregunto qué maquina es esa que hace funcionar nuestros pensamientos. Que acuden en tropel sin orden, casi siempre sin quererlos. Unas veces tristes, otras de emoción o alegría.

Intento pararlos, pues aparecen en cualquier momento, sin ser llamados se presentan.

Piensas desde un acontecimiento en el día de ayer, hasta tu primer recuerdo, imágenes que llegan e inundan la mente sin saber por qué aparecen.

Hay veces que intento acallarlos, me queman por dentro. Busco un lugar tranquilo, me siento o me acuesto, intento relajarme y cuando van llegando les digo: Pasa de largo. Así una y otra vez, lo consigo por un momento. Me relajo y de nuevo vuelven, atropellando mi espacio interior.

Me pregunto: ¿Cuándo dejaremos de pensar? Pero creo es mejor que siga esa retahíla pues el día que pare se apagará nuestra vida.

A veces veo paisajes, carteles, personas, conversaciones y un sinfín de cosas. Vuelvo a pensar: Eso lo he vivido yo antes. Por más vueltas que le doy no puede ser, nunca estuve en ese lugar, no conozco a esas personas. Esa conversación la he tenido yo antes. ¿Qué es lo que ocurre, por qué pasa todo eso? No le encuentro explicación y me veo hablando sola preguntándome, y yo sola me contesto.

Que obra tan maravillosa es el ser humano, quien inventaría todo este entramado. Dicen que somos polvo de estrellas, del mismo Dios, hace eones de años hubo un *big-ban*, ni idea de lo que es eso. Hay comentarios de que somos semillas estelares, una parte de ese Dios que nos construyó con sus manos. O tal vez con su pensamiento. Que somos parte de él y que algún día con él regresaremos. Dicen que nos prestamos voluntarios para vivir esta experiencia, que somos guerreros de la luz. Cuántas cosas para un cerebro tan pequeño como el mío, por más preguntas que me hago no encuentro salida a este laberinto en el que nos encontramos inmersos.

Llevamos unos años en los que se acelera la vibración de la Tierra, si lo normal era siete u ocho, en pocos años vamos rondando los cincuenta. Todo eso influye en la aceleración de nuestro planeta, los días se pasan volando, sin apenas darnos cuenta. El cuerpo también se resiente, sentimos malestar en la cabeza, garganta, espalda, que igual se van que vienen.

¿Adónde llegaremos, cuánto tiempo resistiremos este momento en el que estamos inmersos? Dicen que no existe el espacio-tiempo, que todo transcurre en este mismo momento. Son muchas versiones las que circulan por ahí, mientras tanto mi insignificante cerebro le da vueltas y más vueltas a este "sin saber qué es esto". Intentaremos tener pensamientos positivos. Dicen que es la clave de nuestra existencia. Que somos lo que pensamos. No estoy muy de acuerdo con esto, aunque a veces he tenido pruebas de que es cierto.

¡Cuánto lío! Mientras como en un carrusel que no para sigue el tropel de pensamientos, pasan de un momento a otro sin dar descanso a mi cabeza, que no descansa ni en el momento de sueño.

Los sueños son otros de esos enigmas de nuestro día a día, a veces soñamos cosas que hemos vivido, otras vivencias que están por suceder, a otras no le vemos sentido, muchos de los sueños al despertar se desvanecen, no recordamos nada de ellos. Debemos poner todos los sentidos en recordarlos, ya que puede que con ellos descifremos algunas de las incógnitas de nuestro universo. Si me hago alguna

pregunta estando despierta, puede que en el descanso cuando me llegue el sueño, me den la respuesta a lo que pregunté estando despierta.

Pienso a veces en una persona que hace tiempo que no veo o en algún lugar del que tenga un buen recuerdo. La persona en la que pensé, me llama o recibo noticias de ella, el lugar del que tengo ese recuerdo lo veo en foto, vídeo o sale un viaje inesperado para volver a visitarlo.

A veces, descansando en la orilla de la playa, mirando ensimismada a lo lejos, parece que vas entrando en el mar, adentrándote en sus aguas que te acunan como a una niña pequeña.

Es tan extraño y a la vez tan inmenso este universo de planetas, vegetación, aire, animales y, sobre todo, es tan complicado nuestro cuerpo, aunque solo es nuestro medio de transporte en la Tierra. Pero más complicado es entender que somos LUZ, lo que se ve solo son nuestras vestiduras.

Terminaré de pensar por ahora o al menos de plasmar en el papel lo que pienso, pensamientos en tropel, pero de los que poco o una mínima parte entiendo.

SOCORRO OLEJUA ROMERO

LLENA DE ENERGÍA

Al despertarme, después de quitarme la ropa de cama de encima, me estiro toda para desperezarme, hago la señal de la cruz y me levanto, salgo del cuarto y me voy directa al baño, me ducho, me seco y a continuación me paro frente al espejo para maquillarme. Después me dirijo al cuarto, abro la puerta del armario para escoger la ropa que me he de poner ese día. Cuando ya estoy vestida voy hacia la cocina, preparo un zumo de naranja para dos, uno me lo llevo a la habitación de mi niña para levantarla, le doy el zumo y la levanto de la cama, me la llevo al baño, la ducho, la visto y le doy un Actimel sin más, porque ella desayuna en el colegio. A continuación cojo las llaves, abro la puerta, salimos y nos dirigimos al coche, abro la puerta trasera del coche, siento a mi hija y le pongo el cinturón inmediatamente, me meto en el coche, arranco y me dirijo a la parada del autobús donde vienen a recoger a mi Soledad.

CHARI LEÓN

NOCHE EN EL DORMITORIO

Desde la mañana a la noche, estoy pensando en el momento de meterme en la cama y tener tranquilidad, meditar unos minutos y poderme encontrar con una misma. Busco a mi Ángel y no me desanimo porque ahí hay una fuerza mayor que me ayuda a sostener la vida.

Me preparo una lista, me digo lo que quiero dejar atrás en mi vida y si lo que quiero conseguir de ella.

Hay un momento intermedio, entre el sueño y el estar despierta, donde descubro qué sucede en mí ser.

CHARI LEÓN

RESPONSABLE Y FELIZ

Ni fui modista ni escritora

Ni una intelectual ni pintora

Y sin embargo soy

La mejor costurera que con amor diseño la ropa de mis hijas, de mi madre y mi familia. Desde el fondo de mi corazón surgen, los más lindos versos por las noches.

Soy una gran maestra en mi hogar y las paredes de mi casa, se adornan con los mejores lienzos pintados en mi imaginación.

No fui nada y soy algo

Constante, porque con tenacidad lucho hasta alcanzar mis metas.

Responsable, porque alcanzo los objetivos deseados.

Feliz, porque la vida me enseñó a reír junto a mis dos hijas.

Escritora, porque siempre estoy queriendo plasmar mi historia.

Con valentía enfrenté el reto que me dio la vida.

Por los caminos de la vida, caminé con alegría de la mano de mis hijas.

Pero mi mayor orgullo, lo puedo contemplar al despertar cada día y disfrutar de una de mis niñas. Ella es el trocito de cielo que tengo a mi lado, mi Soledad, el más lindo tesoro que Dios me ha regalado.

CHARI LEÓN

YO SOY

Yo soy una amapola, porque está poco tiempo detenida entre las espigas de trigo a las que pronto abandona.
Yo soy una perra, porque quiere tener siempre cerca a sus cachorros.
Yo soy un jilguero, porque se marcha cuando cambian las temperaturas. No me gusta el frío.
Yo soy un quejigo, porque así me puedo curar las heridas.
Yo soy una cama, porque es donde he pasado los mejores momentos de mi vida... leyendo.
Yo soy una pandereta, para que con mi música alegrar a la gente que me rodea.
Yo soy una cabaña en medio del campo, para oír el silencio y ver como el viento mueve las hojas de los árboles. Y respirar el aire puro.
Yo soy Venecia, para poder perderme en sus canales subida en una góndola y que alguien me cante "Amore mio"
Yo soy la hora del Ángelus, porque en esos momentos siempre me acuerdo de las personas que me faltan.
Yo soy el color ocre, como los árboles en el otoño. Imposible imitar sus bellos tonos.

LOLY LÓPEZ GUERRERO

SOLILOQUIOS

¿Qué por qué estoy de pésimo humor?
¿Porque tuve un ictus?
¿Porque tengo la menopausia y voy del calor al frío en minutos?
¿Porque estoy gorda y no como nada?
¿Porque me siento envejecer, como la fruta cogida a destiempo, que se agosta antes de estar madura?
¿Porque no me acuerdo de cuándo follé?
Ésas sí que son unas buenas razones.
El otro día mi vecino, Pedro, me preguntó qué es lo que me pasaba en el brazo. Yo le dije que no que no me pasaba nada en el brazo. ¿Y entonces qué te sucede? Me lleve la mano a la parte izquierda de mi cabeza, tengo medio cerebro estropeado, dije con una sonrisa.
Cuanto daría por poder hablar...Cuanto. Si me dieran a elegir me amputaba mi brazo derecho, por poder decir lo que pienso sin la afasia de las narices.

Cuándo tenía dieciocho años hice un curso de peluquería (no ejercí, era muy mala peluquera), atendí a una mujer que tendría sesenta años que moriría por tener mi edad. Y yo me consideraba muy mayor.
Quiero escribir pero no tengo nada que decir...O no tengo ganas.
Siempre hay alguna serie en la tele que quiero ver. Me gusta ver series antiguas; Se ha escrito un crimen, o alguna policiaca. Me gustan películas de amor y las de miedo. Ley y orden, Poldarck, Mayor Crimes. También me gusta Facebook, lo tengo usado de tanto verlo. Me gustaría escribir para niños, se me da muy bien.
Pobrecilla, es lo que oigo cuando me ven pasar con mi andar deslucido, cojeando. Yo los oigo, tengo ese don, tengo el oído muy fino.
Una novela en que haya una bibliotecaria, con silla de ruedas.
Y lo asumo, se me olvidan las palabras, no encuentro palabras. Estoy deseando dejar de escribir...Con una sola mano es bien difícil...Muy difícil.

ISABEL ANDRADES

NOCHE DE VIENTO

Me gusta estar en mi habitación. Normalmente me acuesto temprano y así aprovecho un par de horas para leer. Ese día hizo mucho viento y me desperté porque sentí un golpe en la ventana.

La luna iluminaba los tejados de las casas de mis vecinos y agitaba bruscamente las palmeras. Parecía que se iban a caer. Oí de nuevo el ruido en el cristal. Miré y sentí miedo. Me tapé la cabeza con las sábanas. Al rato lo oí de nuevo. Me puse la mano abierta en la cara y por entre los dedos observé que había algo. Los pájaros me dan mucho miedo. Eso parecía un pájaro, pero miré bien y era un murciélago que se había perdido.

Se marchó al poco tiempo y yo me dormí.

LOLY LÓPEZ GUERRERO

DESDE LA HABITACIÓN

¿Es habitual vivir realidades en los sueños? O quizás nuestros sueños se convierten en una realidad, no lo sé.

Mientras dormimos nuestro cerebro no descansa al mismo ritmo del cuerpo, éste sigue trabajando como un obrero a destajo, necesita alimentarse de aquellas figuras, personas y cosas que durante el día son parte de nuestra vida.

Es así como las habitaciones se convierten en cómplices y mudos testigos de nuestros más escondidos secretos y pensamientos.

PRIMERA PARTE

El viento fuera sopla fuerte, Aitor lo sabe por el movimiento de la pesada cortina que cubre la ventana alta de la habitación, intenta levantarse a cerrarla, no puede, algo le impide, no consigue moverse, un escalofrío le recorre el cuerpo y siente miedo, miedo a lo desconocido, a lo olvidado, al vacío en el que quedan nuestros recuerdos antes de conciliar el sueño.

Respira profundo y decide incorporarse nuevamente, siente como sus músculos obedecen y empiezan a funcionar, se diría que se observa a sí mismo a través de una lente en cámara lenta. Estira la mano hacia la mesita de noche buscando la lamparilla, todo lo tira por el suelo, su libro *Cumbres Borrascosas*, lectura habitual de todas las noches, su móvil, el frasco lleno de somníferos, y no consigue encenderla.

Logra sentarse al filo de la cama, explorando el suelo con los pies desnudos en un intento fallido por dar con las zapatillas, decide ponerse en pie, apenas ha podido dar unos cuantos pasos y siente la humedad del parqué de la habitación, un líquido espeso y viscoso se adhiere a sus plantas, se queda estático, el frío ha penetrado en su cuerpo, se detiene.

Necesita llegar hasta el interruptor que está junto a la puerta, estratégicamente colocado en la pared, se resbala y cae.

Allí tirado en el suelo, su espalda también es atrapada por ese líquido desconocido aún.

Cierra los ojos apretándolos con fuerza, por un instante se desespera y se pregunta: ¿Qué es esto, un sueño, una pesadilla, un recuerdo?

Se pregunta una y otra vez: ¿Estoy dormido o despierto?

SEGUNDA PARTE

El sol atraviesa la cortina, la misma que la noche anterior se movía con fuerza, alguien golpea con suavidad la puerta, toc, toc tres, cuatro, cinco veces, no hay respuesta, busca el duplicado de la llave bajo la alfombra y con cautela abre.

-Buenos días, he traído café y donuts, tus favoritos.

No hay respuesta.

Entra en la habitación y se encuentra con Aitor saliendo de la ducha, con una toalla larga colocada sensualmente en la cintura, que le baja hasta las rodillas.

- Buenos días, princesa, que guapa estás hoy

- Gracias Aitor, la verdad es que hoy me siento estupenda.

- Sabes Marcela, anoche tuve una pesadilla espantosa, estaba tirado en el suelo, bañado en... qué se yo, quizás sangre, no era mía, era de alguien a quien no pude ver el rostro. Ella lo mira con un dejo de tristeza, estira sus brazos y lo abraza, lo besa con ternura, se separa dando unos pasos atrás y dice:

- Yo estaba aquí anoche, quedamos a cenar, ¿recuerdas? Luego de tomar algo, decidimos venir a casa, escuchamos y bailamos nuestra canción favorita casi toda la noche, hicimos el amor como la primera vez con deseo y locura. Nuestros cuerpos lo necesitaban.

- Por qué no logro recordar nada, dime Marcela, ¿por qué? Aitor se sentía vacío, aturdido, se miró al espejo y lo que vio no fue de su agrado, una figura desgarrada, un rostro pálido con una sonrisa malsana en sus labios, curiosamente la imagen de Marcela, que se encontraba junto al él, no se reflejaba en el espejo, lo que lo desconcertó aún más.

TERCERA PARTE

El despertador suena con insistencia, imposible callarlo.

Aitor se levanta de un salto, siente su cabeza pesada, como si una roca de gran tamaño estuviese sobre ella ; y lo primero que hace es meterse en la ducha.

Vaya sueño, pesadilla o lo que sea lo dice en voz alta, como si alguien más estuviera allí con él. Tiene una extraña sensación que no puede identificar, y la inusitada alegría de sentirse vivo lo acompaña.

Regresa a la habitación y la examina detalladamente, no hay ni un solo rastro de desorden, sangre, o algo que indique que la noche anterior haya pasado algo raro allí. Todo impoluto e inmaculado, cada cosa en su lugar. Exhala con tranquilidad un suspiro.

Mientras desayuna enciende la radio, le gusta las noticias de la mañana.

Lo que oye le estremece su cuerpo, la taza llena de café resbala de sus manos, estrellándose contra la baldosa color ladrillo, de la cocina .

La famosa Ejecutiva de Wall Street , Marcela Saint Georges , ha sido hallada por su ama de llaves, sin vida, en la habitación de su lujosa residencia en Manhattan, se cree que la causa de su fallecimiento es una profusa hemorragia ocasionada por una herida provocada por un arma corto punzante, no hay sospechosos aparentes, la policía se ha hecho cargo del caso.

Aitor, sin siquiera pensarlo va hacia el salón y busca con ansias en el elegante curio la daga que su padre se la trajo del Japón como un regalo en una de esas navidades hogareñas.

No está allí, sus ojos desorbitados la buscan por todo lado, no, no, no puede ser, si anoche antes de irme a dormir la limpié , la guardé bajo llave , ¡Santo Dios!, Marcela, qué has hecho. ¿Qué he hecho yo?

Aitor se deja caer pesadamente en el suelo y se cubre el rostro con las manos.

CUARTA PARTE

El timbre del portal suena repetidamente, una voz ronca pregunta:

- ¿Arquitecto Sanders?

- Sí, el mismo.

- Policía. ¿Podríamos hablar con usted un momento?

- Seguro.

¿Por qué no puedo recordar nada? Anoche no bebí, me recogí a casa temprano, esto deber ser una broma, o una pesadilla, hace un mes que Marcela y yo terminamos nuestra relación y no hemos vuelto a vernos, que alguien me diga por favor qué está pasando. No entiendo nada.

El despertador suena impertinente, Aitor se levanta como todas las mañanas, no, como todas las mañanas no, ahora él sabe que su habitación tiene vida propia, que respira, ríe y se ahoga, que guarda muchos secretos y cualquier cosa puede suceder.

Parecería que su cerebro es un ente independiente del cuerpo que, en complicidad con su habitación, le convierten a su antojo en una marioneta, jugando con su vida y dibujando sus propias realidades.

Pero esto solo puede pasar en una habitación. Y cada uno decide si quiere estar despierto o no.

FABIOLA VILLACRÉS RIVERA

CARTA DE MARY SHELLEY A SU MADRE

Querida madre: Hoy quiero escribirte una carta porque esta noche, al igual que otras muchas, he soñado contigo. Este sueño ha sido especial. ¡Me has dado un beso! Y me desperté con esa sensación mágica de tus cálidos labios color rubí sobre mi piel. Madre, eres el lucero que alumbra mis sueños. Espero seguir soñando contigo para compartir esos momentos.

Como sabrás he crecido cuidada por Nani. Ella me levanta por la mañana y me acuesta por las noches. Nani me da un beso todas las noches, pero es un beso frío sin el amor de una madre, aunque sé que me quiere mucho. Ella me lleva y me recoge del colegio. Mi infancia ha sido muy triste. Siempre he pensado en ti.

Nunca he querido celebrar mi cumpleaños, para mí es un día muy triste porque es el día que nací y ese fue el día que te maté. ¡Sí, te maté yo!, porque si no hubiera nacido ese día tú seguirías viva. Me siento culpable y he oído de noche llorar muchas veces a papá. Él también se siente solo sin ti. Aunque él me dice que no soy culpable de tu muerte, que fue una negligencia médica.

Tengo fotos tuyas y cuando veo a una mujer en una revista le recorto el cuerpo y le pongo tu cara. Si es una pareja le ponga a él la cara de papá. Así me hago la ilusión de veros juntos. Por eso corto los vestidos de las revistas, otras veces recorto sombreros, zapatos, bolsos y te los coloco para verte hermosa. Una vez vi una peluca gris y te la puse, la quité en seguida porque te hacía mayor y a mí me gusta verte con tu pelo dorado, joven y feliz.

Nani me cuenta cosas de cuando tú vivías. Siento envidia de mis compañeras de colegio cuando hablan de sus madres, sobre todo cuando las veo que van a recogerlas y les dan un abrazo y un beso. Nunca he querido participar en el teatro del colegio por navidad, ni en la fiesta de fin de curso. ¿Para quién iba a actuar? La gente que acudía no me interesaba, papá nunca podía asistir por culpa del trabajo. Por eso en esas fechas siempre finjo que me pongo enferma para no ir al colegio.

Tengo hambre de tus besos, de tus abrazos y guardo muchas conversaciones que no puedo hablar con nadie, sólo tú comprenderías mis problemas.

Querida madre, espero que algún día nos encontremos en el cielo. Eso es lo que me dice papá. ¡Que algún día volveremos a estar los tres juntos! Te envió muchos besos y abrazos de tu hija que te quiere y no te olvida, Mary.

LOLY LÓPEZ GUERRERO

DENIA Y ARANWIN

Kelovín, dasika, sugaleuka: Esas eran las palabras que decía Denia para atraer al unicornio. Eran palabras mágicas. Las enumeraba y aparecía el unicornio: pequeño como un pony, blanco, con un cuerno en la frente. Denia le llama Arawin.

Denia saltó de la cama y se le acercó. Acarició su cabeza, su cuerno, su lomo y le habló. Cariñosamente. Feliz de estar de pie. Denia es la menor de tres hermanos. Es la niña mimada. Ahora tiene diez años. Antes todo la hacía feliz.

Sus hermanos y sus padres le leen...Mientras ella está como dormida. Cuentos de unicornios, le encantan. Parece como si estuviese escuchando, casi parece sonreír.

El maldito olor a hospital, aquellas sábanas arrugadas, enfermeras y médicos entrando y saliendo. Los padres de Denia están cansados, derrotados de tanto esperar que la niña despierte. Parece que fue ayer y han pasado casi tres años. Cuando se cayó montada en la bicicleta. El coche que no paró...Y sus piernas se quedaron, así.

Y hace casi un mes la hallaron dormida en su cama. Intentaron despertarla, y no pudieron, hasta hoy. Kelovín, dasika, sugaleuka. Eran las palabras secretas. La habitación desapareció. La niña trotaba montada en Arawin, sintió que el viento agitaba sus cabellos y las crines de Arawin. El unicornio va cabalgando llevando a Denia en su lomo. La niña vuela y eso la hace muy feliz. Dichosa como no lo había sido en su corta vida.

El unicornio tiene una enamorada que está apresada en una cueva de una fortaleza. Su amor se llama Luna. El castillo pertenece a un noble que se enfrentó a mil batallas y las ganó todas. La capturó porque estaba durmiendo, muy cansada, feliz, soñando con Arawin. Posee a Luna porque le sana de sus heridas con un sencillo toque.

Luna está muy infeliz porque echa mucho de menos a Arawin.

Hace todo lo que puede pero cada vez le cuesta más. Curar a su dueño le hace sentir cada vez más frágil y ya no puede más. Luna está encadenada. Está apagándose, ahogándose. Siente que va a morir.

Denia y Arawin se están acercando a la fortaleza donde está recluida Luna. Todo está muy tranquilo. Su dueño, durmiendo la borrachera con todos sus siervos. La guardia juega a los dados. Arawin hace lo más indicado, relinchar y hacer que lo sigan. Por lo recodos de la gruta, los soldados se extravían.

Denia corre hacia Luna. Se inclina, va quitándole las argollas y siente un profundo pesar. Luna siente que Arawin está cerca. Le llama en silencio, con sosiego. El unicornio va acercándose con mucho cuidado, teme que el final está cerca.

Denia deja solos a Luna y Arawin. La niña llora apenada por Luna. Las lágrimas de Arawin caen sobre Denia, que se había acercado.

Arawin se arranca el cuerno para salvar a Denia que, asustada, comienza a gritar: ¡Arawin no, no, no!

En el hospital los padres ven a Denia agitada. Llamam a la enfermera y ésta al médico.

¡No, no, no...Arawin no!

Denia está inquieta. Los padres la tranquilizan, maravillados de que la niña esté despierta.

Denia mira a sus padres y al médico. No sabe qué está haciendo en un hospital.

Los padres se encuentran atónitos: ¡La niña está moviendo los pies!

Denia mira al infinito y dice muy bajo: Gracias Luna, gracias Arawin.

ISABEL ANDRADES

TE CONFIESO

Hoy te he confesado que soy homosexual. Te lo has tomado mal. Te dije que tenía pareja. Eso te sentó fatal. Te pusiste a gritar que qué iban a pensar tus amigos cuando se enteraran ¡Y a mí qué coño me importan tus amigos! Te comuniqué que iba a vivir con mi pareja. Llevamos cinco años de relaciones ocultas y ha sido siempre pensando en el qué dirán. Ya estamos cansados de tanto fingir. Ahora queremos vivir nuestra vida dignamente.

Dijiste que me fuera de casa. Dijiste que no podías comprender cómo un hijo tuyo podía ser maricón. Mi madre me defendió con uñas y dientes, tal vez porque soy su hijo y me acepta como soy. Ante ella no tengo que fingir.

Te dije que no te preocuparas, que me iba a marchar pronto. Me preguntaste:

—¿Ahora qué sorpresa nos tienes preparada? Un cambio de sexo, un cambio de nombre o tal vez te vas a poner tetas o vas a adoptar un hijo para darle tu mal ejemplo.

Tus insultos fueron aumentando, por eso te expliqué que durante años salí con chicas incluso tuve varias novias, pero aquello no resultó. Al principio no quería admitirlo, pero me di cuenta un día que me gustaban más los hermanos de mi novia que ella.

Ahora soy feliz. Tengo una pareja, nos respetamos mutuamente. Queremos vivir nuestra vida. Me dijiste que ibas a reunir a mis hermanos para decirles que era maricón. Papá, mis hermanos lo saben desde hace tiempo. Tú eres el único que no te has querido enterar. Dijiste:

—Yo tenía que haber sido el primero en saberlo.

¿Pero en qué quedamos? Ha sido un día horrible. Ya está hecho. Durante la cena siempre me he sentado a tu lado y hoy te levantas y te vas a la otra punta de la mesa.

Te dije:

- Papá, lo mío no es una enfermedad que se pueda contagiar. Quiero que sigas tratándome igual que antes. Siempre hemos estado muy unidos.

Me dijiste despectivamente:

—¡Jamás vuelvas a tocarme, maricón!

Te levantaste de la mesa y te marchaste sin cenar. Me dolió mucho tu comentario. ¿Cómo intentamos que la gente nos respete si no encontramos apoyos en nuestra familia?

Mi madre antes de acostarse me dio un beso y con ojos llorosos me dijo que pronto se te pasaría. Dejemos pasar el tiempo, que dicen que todo lo cura.

LOLY LÓPEZ GUERRERO

LA ABUELA MARÍA

Esta es una historia real. Una mujer valiente y luchadora como tantas otras que no se dejaron arrastrar por los avatares de la vida.

María nació en mil novecientos treinta. La guerra civil española la sorprendió con sólo seis años. Una época de hambre y miseria, que continuó con la posguerra en su pueblo natal Villa Nueva del Río y Minas, situado a cuarenta y dos kilómetros de Sevilla. Un municipio que obtenía su sustento de las minas de carbón y el cultivo del olivo.

María se casó con un minero a los veintitrés años. Se quedó embarazada y tuvo una hija.

La vida no fue generosa con María y su marido falleció cuando Lola tenía sólo cuatro años. La paga de viudedad era muy pequeña para salir adelante con su primogénita, pero María no se detuvo ante la adversidad. Corría el año mil novecientos sesenta y uno. Ella montó una frutería en el pueblo, obtuvo el carnet de conducir y adquirió un Renault 4L para poder desplazarse a Mercasevilla y adquirir la mercancía para su pequeño comercio.

Cada día se levantaba a las cuatro de la mañana, llevando a Lola dormida en el asiento trasero del coche. María se incorporó en un mundo de hombres, dada la época. Aún así fue aceptada y respetada por ellos, a pesar de su juventud.

Como en todos los gremios, hubo algún desaprensivo que intentó aprovecharse de la situación. Una madrugada uno de los vendedores le robó la cartera donde guardaba todo su capital para proveer la tienda ese día. Ella al darse cuenta dio la vuelta al mercado y encontró al individuo contando el dinero. Le descargó tal bofetada que aquel miserable cayó al suelo.

Una noche de regreso a su pueblo, cargada de mercancía, al Renault 4L se le pinchó una rueda. María se vio obligada a descargar toda la fruta en medio de una carretera comarcal, y cambiar la rueda bajo una intensa lluvia.

Pasados unos años, la hermana de María, Dolores, se quedó viuda con dos niños de corta edad. María se hizo cargo de su hermana y de sus dos hijos, se fueron a vivir juntas. Ambas llegaron a un acuerdo: María seguiría con su negocio, mientras Dolores se ocuparía de la casa y de los niños.

Años más tarde, las minas de carbón cesaron su explotación. Los habitantes de Villanueva del Río y Minas se vieron obligados a emigrar. El pueblo quedó desolado, la frutería de María dejó de ser rentable.

Pero nuestra heroína no desistió: vendió su casa en el pueblo para comprarse otra en Sevilla, en la barriada del Cerezo. Allí reanudó su negocio de frutas y verduras.

A los diez años Lola, la hija de María, ingresó en un colegio de monjas privado, su madre quería que ella estudiara una carrera y se convirtiera en una mujer independiente.

María tiene ahora ochenta y siete años, casi no recuerda su pasado. Vive con su hija, enfermera de profesión. En este momento descansa en el sofá después de comer, con mi mano entre las suyas oprimida fuertemente. Si intento separarla me mira con ternura y me dice: no te vayas.

Aún así su genio y desparpajo permanecen en ella, sus réplicas son avispadas. Aunque olvida rápidamente las preguntas y argumentos devuelve las sonrisas con la mirada y la dulzura de sus ojos. Estos demuestran el reflejo de agradecimiento por la dedicación que le ofrecen su hija, su nieto, y su yerno. Es la estrella que ilumina y ha iluminado siempre a esta familia.

MARI CARMEN TORRECILLA MAESTRE

MICROS DE NALO NARBONA

HORMONAS

Toda una vida dependiendo de vosotras, de vuestras idas y venidas sin importaros lo que yo piense o sienta.

Unos días se asoman lágrimas por mis mejillas sin saber por qué, otros en cambio la ira se apodera de mí y la susceptibilidad es mi mensaje hacia el mundo.

También destacan montañas rusas de sentimientos, con vida propia carentes de control. Y es entonces cuando le grito al mundo que soy yo con todas mis fases, sin importar que hormona esté actuando hoy.

LA BRÚJULA INCONTROLABLE

Y seré rica, tendré un buen trabajo, una bonita casa, una familia...

Una y otra vez esas ideas que a todo el mundo le rondaba en la cabeza, se tornaban lejanas cuando tenías 18, casi palpables a los 26 e inexistentes a los 30.

Pasas a la transición del 2 hacia el 3, le quitas el cero y sigues sumando. Los meses veloces abandonan el calendario, las etapas se afrontan sobre la marcha y por mucho que quieres echar el ancla para marcar tu propio tiempo...¡Se convierte en una misión imposible!

Intentas seguir el ritmo que marcan los demás, imitar los avances de tu alrededor sin antes despellejar las carencias o las ausencias de tu propia vida. Piensas en hacer cosas para mejorarla, aunque hay otras que no están en tus manos, y todo por pintar el cuadro que imaginaste de adolescente.

Una desequilibrada hormonal, sin pies en la tierra, que quiso pensar que todas las cosas dependen de una misma.

Pero sí depende de ti el aceptar que nada es rosa ni nada es negro, que en la vida siempre hay matices.

Y aprendes que sin imprevistos, ni sorpresas, la brújula de nuestra vida sería muy aburrida.

ANHELO

Qué absurdo sería echar de menos al anhelo...

NALO NARBONA

UN FUTURO LEJANO

Llegó el otoño, y con él la hoja seca alfombró la tierra.

Llegó la sequía a la charca y con ella, el verdín cubrió la losa.

Llegó a mi cuerpo la muerte y con su sabía, floreció la vida.

Es fuerte, generosa, longeva. En armonía, superó a mi especie.

MARGA LÓPEZ DE SABANDO NAVAS

MI AMIGA

Cuando vivíamos en el pueblo no éramos muy amigas. Yo aún llevaba calcetines cuando ella ya había estrenado sus primeros tacones, esa diferencia de edad nos distanciaba en aquella época. Frecuentábamos el mismo círculo familiar, nos conocíamos y nos teníamos cariño, pero no éramos amigas. Con el tiempo esa diferencia se fue acortando y cuando coincidimos en la ciudad donde ambas habíamos establecido nuestra residencia, yo por estudios y trabajo, ella por matrimonio, empezó nuestra amistad.

Yo la recordaba como una chica dulce, bonita, alegre y con buen gusto para vestir. Sus padres la habían criado con mimo, dándole todos los pequeños caprichos que podían. Era hija única y siempre tenía algún chico alrededor. Se casó con un joven de la ciudad con ojos penetrantes y trajes bien cortados, que se la llevo después de la boda, y ya no volvimos a verla en mucho tiempo.

La imaginábamos con una vida llena de aventuras y pasión, que ni tiempo tenía para mantener el contacto con sus antiguas amigas. Incluso sus padres notaban su desapego, su silencio, su ausencia.

A los cuatro o cinco años de la boda, un día nos encontramos en la ciudad donde yo acababa de llegar y ella residía. Ella llamo mi atención. Estaba como siempre, rubia y delgada, llevaba un traje de última moda y una niña de dos años de la mano. Me insistió en que fuese a su casa a merendar, quería mi contacto, tenía más interés en mi amistad del que nunca había mostrado.

Me sorprendió su casa. Dos habitaciones en el palomar de la casa de sus suegros, en un barrio periférico. Los muebles rústicos y oscuros. Un mono azul, de tejido duro, tendido de una cuerda al sol. Nada que ver con la idea que teníamos en el pueblo de cómo sería su vida. Hablamos toda la tarde, me preguntó por todas sus antiguas amigas, sus vidas, cómo estaban... En un momento de la conversación dijo: "Cuando te casas no hay lugar para amigas". El marido trabajaba desde la mañana hasta la noche, y estaba sola.

Tardamos en volver a vernos, yo tenía mi vida de soltera, trabajo, fiestas y pandilla de amigos. Me llamaba con frecuencia pero yo casi siempre estaba ocupada.

Un domingo la vi, iba con el marido y la niña, todos vestidos de fiesta, sonrientes, y me invitaron en un bar. Ella asentía a todo lo que el esposo decía, aunque no tuviese sentido, asentía convencida, yo la miraba sin comprender. El amor nos vuelve imbéciles, pensé, pero me parecía un asentimiento demasiado incondicional. Una bonita pareja disfrutando del descanso, él con una mirada inquietante y una sonrisa cordial. Me pareció sola y planifiqué ir a verla con más frecuencia, pero es lo que tienen los planes de personas jóvenes, que se ejecutan solo si son fáciles o tienen interés en ellos.

El chico de los ojos penetrantes y la mirada siniestra, con su traje de domingo y sus ganas de gustar, no daba facilidades. Si yo decía el martes tengo libre, nos podemos ver, él recordaba que ellos ese día tenían un compromiso ineludible. Mi amiga asentía sin levantar la vista del suelo y no seguía proponiendo fechas, y así los planes se iban posponiendo.

Dejamos de vernos. En mis listas de cosas por hacer, ésa que tenía en el cuaderno negro que guardaba en mi bolso, junto a: "hacer la declaración de la renta, llevar los zapatos azules al zapatero o comprar el regalo de mi madre", siempre estaba "visitar a Ana". Iba tachando de la lista las cosas hechas, y siempre quedaba sola entre tanto tachón: visitar a Ana. Pero me costaba.

Cuando al fin me decidía tenía que ir yo a su casa, no quería quedar en un bar o un parque, y tenía que ser a una hora que ella imponía, "así hablamos tranquilas sin Víctor por aquí". Nunca expresó una queja de su vida o de su marido, sólo que tenía demasiado interés en verme para lo poco que hacíamos en estas reuniones. A mí me suponía dejar planes más atractivos solo para pasar unas horas hablando de intrascendencias. Y me costaba.

Su casa carecía de algún elemento decorativo que hablara de la personalidad de la dueña, sin embargo, ella siempre estaba bien arreglada y perfumada. La relación con sus suegros era mala, y eso que eran vecinos, o acaso por esa razón. En los buenos tiempos se ignoraban, y en los malos se odiaban abiertamente, pero eso lo deduje más tarde, ella nunca lo mencionó.

Un día se presentó en mi casa por la mañana sin avisar, yo estaba allí de milagro porque iba a salir en unos momentos y me extrañó. Tenía los ojos rojos y la nariz también. Se excusó con un presunto catarro, del que no presentaba ningún otro síntoma. Hablaba como si todo le fuese bien. Aunque le preguntara abiertamente, negaba algún problema, y se refería a lo que a cada una "le toca en suerte". Hablábamos de temas superficiales, una película, música o la última moda en pantalones o faldas. Yo llevaba una falda muy corta, ella por las rodillas, me comentó que le gustaba la minifalda, pero no a su edad. "Pero si somos casi de la misma edad, como dices eso", y sonreía y cambiaba de tema y me hablaba de que su hija iba ya al colegio y cómo eso la liberaba durante unas horas. "Si no fuera por el teléfono...", apostillaba.

Perdimos el contacto durante años. Un día, yo iba con mi pareja, y los vi a los dos, Ana y Víctor. Como si no hubiese pasado el tiempo. Ella bien vestida y rubia, con la falda por la rodilla, él con la sonrisa puesta y los ojos de búho controlador, mirando, sin perderse un detalle, ni un parpadeo, ni una mueca. Y demasiado amable, siempre demasiado correcto. A mi pareja no le cayó mal y nos fuimos frecuentando. Ellos hablaban de fútbol y nosotras a su lado. Si intentábamos ir delante o detrás, juntas, hablando de algún tema distinto, él le preguntaba cualquier cosa para incluirla en su círculo, de manera que era imposible separarnos unos metros de él. Yo consultaba mi agenda donde tenía mis planes de la semana, de trabajo y actividades. Ella envidiaba esa agenda.

- ¿Quedamos para el martes por la mañana y nos vamos de compras?, tu hija está en el cole y Víctor trabaja, estas libre- le sugería yo.

Ella bajaba los ojos y decía:

- Sí, pero existe el teléfono, maldito teléfono.

Nunca se quejaba abiertamente, si acaso esa frase repetida, "es lo que me ha tocado" sin esperanza ni rebeldía, "lo que te toca, te toca". Con resignación, como si todo fuera normal, como un mantra, como una condena, sin posible redención.

No le conocía amigos, ni a él ni a ella, solo alguna relación familiar débil y condicionada al humor con el que se levantara ese día.

Tiempo después empezamos a vernos con frecuencia. Estuvimos años reuniéndonos las dos parejas, yo tenía un hijo y nos veíamos los domingos para hacer barbacoas y cosas que se hacen cuando tienes un niño pequeño.

Conmigo y con mi pareja era amable, casi servicial. Pero entre ellos no, y ya no disimulaban. Cuando estábamos juntos la frase: "Tu eres tonta o subnormal, o gilipollas" dichas con los ojos desencajados, era diaria, nunca le oí una frase amable. A veces, por lo más insignificante, le atacaba la ira, y hablaba tan alterado que hasta saliva expulsaba, saliva que te caía en la cara si estabas cerca, mientras los ojos se le salían de las órbitas. Ella se mantenía impasible, y cada vez bajaba menos los párpados cuando él estaba cerca. Seguía delgada, cada vez más, su cara se iba llenando de arrugas y una palidez cérea se había instalado en las mejillas, pero ya lo miraba de frente y le iba perdiendo el miedo, y le contestaba, y le contradecía.

Ella se liberó el día que fuimos juntas a comprarse la peluca. Yo la acompañaba también a la quimioterapia, porque él "se aburría allí", o tenía que ir a la pescadería a comprar el marisco, o a la peluquería a cortarse el pelo... No estaba previsto que él la cuidara, era ella la que tenía que ocuparse de él.

El día que le dieron el alta médica, cogió una maleta, metió algunas de sus pertenencias y se marchó de casa. Sin mirar atrás. Él cambió la cerradura al momento y no la dejó recoger el resto de sus cosas.

Aún no se atreve a pedir el divorcio o a reclamarle por el juzgado su patrimonio. Pero está bien y ahora repite, como un mantra: "El cáncer me salvó".

MERCEDES CARRILLO ESPEJO

UNA SEGUNDA PRIMAVERA

Nuestra primera cita con la menopausia suele estar cargada de inquietud. Llega envuelta en una niebla gris que nos impide ver más allá de los temibles primeros síntomas. Nos amenazan los sofocos y el insomnio. Nos atenaza la desagradable sensación de envejecer súbitamente. Hasta que conseguimos domarla.

Entonces nos enseña que no es más que un feliz recordatorio de una vida que ha llegado a su plenitud. Nos empuja a centrarnos en lo primordial, a ralentizar nuestra cadencia y sobre todo a respetar nuestro cuerpo. En definitiva, nos incita a mimarnos y a amarnos.

El cuerpo se ajusta a la mente para lograr una armoniosa plenitud llena de luz. Aprendemos a hacer las paces con el pasado, a aceptar el presente y a mirar al futuro con valentía. Archivamos los temas candentes del ayer. Perdonamos las decisiones tomadas y asumimos sus consecuencias. Nos liberamos de todos nuestros rencores, desarmamos el poder que estos ejercen sobre nosotras y aliviamos el sufrimiento que nos causa. Por fin llega el momento de dejar atrás la lucha diaria de demostrar a los demás para centrar nuestras energías en florecer por y para nosotras.

Con la menopausia damos la bienvenida a un nuevo comienzo y acogemos la llegada de un periodo radiante de sabiduría. Celebramos esta metamorfosis en la que nos sumergimos sabedoras de encontrar cambios prometedores y experiencias enriquecedoras. Con sabiduría volvemos la mirada hacia nuestro interior, atentas a los mensajes de la mente y pendientes de los susurros de nuestro cuerpo.

Gozamos plenamente de esta experiencia que nos brinda la vida. Es el momento de vivir en armonía con la mujer en la que nos hemos convertido.

Hay quien llama a esta etapa el otoño de una existencia. Otoño, bonita palabra de sílabas suaves que se pronuncian lanzando un beso. Y la medicina tradicional china define la menopausia como una segunda primavera recalcando que es una renovación de la energía y una promesa de nuevas experiencias en la vida.

Otoño o segunda primavera, estación durante la que la mujer alcanza su máxima plenitud.

MARIBEL CINTADO AYALA

MIRROR BAND

El temor iba apoderándose de él poco a poco. Lo que a primera hora de la mañana aparecía como un leve hormigueo sin importancia en la punta de los dedos, fue tornándose en una serie de espasmos y calambres sin sentido que iban desde el codo hasta las uñas.

En el escenario todo estaba preparado, hasta el más mínimo detalle bajo el control de los tramoyistas. Todo listo para comenzar con el espectáculo. En los camerinos era constante el ir y venir de personajes variopintos. Por otra parte, los managers y el personal del estadio intentaban como podían mantener en segunda línea al batallón de periodistas y fotógrafos. El público llevaba horas esperando para tan ansiado concierto, el primero tras la separación de sus componentes. Habían pasado más de cinco años desde su último trabajo "Mal de amores".

James, el batería, atizaba las baquetas al aire haciendo aspavientos con ambas manos. Tocaba de manera imaginaria la melodía que oía en su cabeza. Las chicas del coro afinaban sus voces y sintonizaban los micrófonos. Angi ajustaba el volumétrico de su guitarra eléctrica. Como piezas de un engranaje muy bien sincronizado, todos y cada uno de ellos terminaba de armonizar su cometido.

Paul no daba señales por el escenario, con un ataque de pánico se resguardaba en un rincón del camerino atemorizado por los calambres que no tenían explicación. Junto a él, Alex, representante y amigo desde la adolescencia.

-No puedo darte más calmantes - le decía Alex.

-¿Qué diablos me pasa? ¿Por qué no puedes darme algo que sea realmente efectivo? Dos mil personas, casi cinco años después y a tan sólo media hora de comenzar... -titubeó... -Lo peor de todo esto es que lo sabía, sabía que no podía ser todo tan perfecto. ¡Maldita sea! ¿Quién me mandaría a mí? - se detuvo durante un instante, hacía preguntas aunque no esperaba ninguna respuesta. Alex lo escuchaba paciente armándose de una calma que irradiara tranquilidad a su amigo. Él mejor que nadie sabía que al final estaría a la altura, igual que siempre.

- ¿Y Angi, y James? ¿Está todo listo?- le interrumpió Paul.

- Si, tranquilo, todo está preparado. Los chicos en el escenario, los técnicos de sonido, iluminación, los de seguridad, el estadio a reborar, tranquilízate. Sabes que esto no es nada, es uno más de tantos -le contestó Alex.- Y además te has tomado los calmantes, en unos instantes se te pasa todo. Ya verás.

El relax fue apareciendo por su cuerpo lentamente como si se tratara de una niebla que avanza tímida y poco a poco va ganando terreno. Los espasmos eran cada vez más distanciados en el tiempo, Alex había conseguido calmar a su amigo. Los primeros acordes comenzaban a sonar en el escenario, las fans gritaban enloquecidas y sobre el cielo madrileño un volcán pirotécnico iluminó la noche. El nombre de la banda lucía encendido en fuego de colores.

Paul estaba más que preparado y la falta de confianza se había disipado entre la pólvora y el humo. Alex le dio una palmada en la espalda y le dijo:

-Por cierto, no te lo había comentado antes, pero éste es el primero de veinticinco conciertos que hemos firmado en España. Cuando terminemos aquí iniciaremos la gira en Sudamérica.

Ante tal noticia Paul se insufló de energía como si un fuelle le hubiera hinchado de aire nuevo, pegó un salto de la silla donde estaba, subió los peldaños de dos en dos que lo separaban del escenario y miró a su público con los brazos en cruz y la cabeza hacia atrás. Así se quedó un buen rato, mientras las fans chillaban enloquecidas. Él se creció. Alex desde abajo, en la sombra, lo miraba. Paul se puso al teclado, y

con las dos manos al tiempo aporreó las teclas, que le sonaron a gloria. Miró a Alex. Dio comienzo el frenesí.

YOLANDA GUERRERO

EL PAN COMPARTIDO

Iré en autobús hasta la orilla del río, me sentaré en las escaleras y contemplaré el cielo despejado de Sevilla. Hoy hace fresco, tendré que llevarme algo de abrigo.

Prefiero sentarme junto a la ventanilla. Imagino a las familias que habitan en las viviendas sólo con observar las terrazas. Paseo la mirada por ellas y siento la armonía que reina en esa casa de ahí, hay macetas con hojas verdes y brillantes, platos de cerámica con paisajes que reflejan detalles florales. Sobre la mesa del centro descansa un macetero de geranios morados que ofrece el contraste del verde de sus hojas. Dos sillas bien colocadas completan la decoración de la estancia.

El autobús hace su parada. Una señora se sienta a mi lado y me veo obligada a deslizarme un poco más sobre mi asiento.

Presto atención a otra terraza. Una bombona de butano preside en primer lugar, sigue una bicicleta, una caja de cartón donde sobresalen objetos que no distingo. Una cuerda atraviesa todo su largo donde la ropa tendida aparece colgando, sin pinzas. Un barreño que en su momento fue azul asoma debajo. En el otro extremo han colocado un zapatero, al cual le faltan los tiradores. Parece haber sido pintado de un marrón oscuro con la intención de repararlo. La bombilla cuelga desnuda de un cable.

Hay mucha gente esperando en la próxima parada, van subiendo atropelladamente y ocupan asientos aún vacíos, otros permanecen de pie hasta completar el espacio.

- ¡Qué frenazo! -se escucha al final del autobús.

Los ocupantes comienzan a dar su opinión.

- ¿Qué ha pasado?

- Se ha cruzado una moto.

Esto parece un gallinero, siento ganas de llegar a mi parada. La señora sentada a mi lado también hace un comentario. Su voz taladra mi oído izquierdo. Me bajo en la próxima, prefiero recorrer lo que me queda caminando.

El día invita al paseo. Qué blancas son las japonesas, su piel es porcelana, todas llevan sombreros grandes. Son las únicas extranjeras que al parecer no disfrutaban del sol de Andalucía. El puente del Cachorro está tranquilo a estas horas del día, el río fluye bajo él siguiendo su cauce. Detrás del hotel hay un sitio muy tranquilo que invita a la contemplación.

Creo que me sentaré en aquél banco de allí. La visión es mejor.

Me apetece un cigarrillo. Tomo asiento y después de pensarlo lo enciendo y siento cómo entra en mis pulmones. El viento mece las hojas de los árboles, el agua sigue su camino atravesando el puente. Una pareja de enamorados se besa mientras esperan que piquen los peces, la caña de momento está quieta, sólo el balanceo del agua la mece. Ellos están sentados en los escalones junto a la orilla del río, muestran su amor de juventud.

Un perro viene hacia mí, se acerca moviendo la cola, me olisquea y me mira fijamente como si mi presencia invadiera su espacio, debe de estar acostumbrado a deambular por este lugar. Su dueño lo llama desde lejos, él lo mira un instante pero antes de acudir a la llamada me reclama una caricia. Alargo la mano y le rasco la cabeza, parece gustarle y se queda un poco más. Su mirada es noble, agradecida. Su amo le silba y él sale a su encuentro.

Un grupo de jóvenes va remando en piraguas, deslizándose por el agua. Sus voces y risas me llegan lejanas.

El río sigue su marcha inalterable, ajeno a toda la actividad que ocurre a su alrededor.

Respiro y mis músculos se relajan. Los árboles siguen su incesante mecida mientras sus hojas se desprenden llevadas por el aire hasta tocar el suelo. Me acomodo en el banco, cruzo las piernas y me dejo llevar por el sonido del agua, el viento, el silencio. Cierro los ojos, sueño despierta.

La risa de los jóvenes besucones me hace entornarlos, los observo a través de las pestañas. ¡Qué bonito sería volver a esa edad!

Están intentando sacar el pez que ha mordido el anzuelo. Parece que se resiste, y consigue escapar.

- ¡Se ha escapado! - grita ella.

- Qué más da - responde él mientras la atrae rodeándola por la cintura y comienza a besarla de nuevo.

Suspiro y miro al cielo, las nubes forman dibujos extraños, como si un pintor se hubiera encargado de dar el tono adecuado a cada trazo. Los rayos del sol forman sombras sobre ellas: blancas, azules, rosadas, grises, anaranjadas, violetas. Tonos que emergen y van cambiando. Miro el reloj distraída, siento el estomago vacío, aquí pasan las horas como las aguas del río, mansas y rápidas.

De mi mochila saco un bocadillo, el aroma del queso activa mis papilas gustativas, para acompañar mi botella de agua. Un gatito también ha debido pensar que le gustaría probarlo, se acerca receloso. Corto un pequeño trozo y se lo ofrezco, pero él no se acerca, se lo arrojo, lo olfatea, luego decide que le gusta y comienza a comer, cuando termina se relame los bigotes, me mira de nuevo y con sus ojos grandes me está diciendo: Quiero más. Esta vez se lo arrojo más cerca intento que se aproxime, pero él es muy listo, agarra su festín y se aleja. Los gorriones han observado la acción y más confiados esperan su parte, parto pequeños trozos de pan y los esparzo por el suelo, imitan al gatito, cogen su comida y alzan el vuelo. Miro el resto del bocadillo. Pensaba comer sola, pero ha sido agradable compartirlo.

Hace un poco de frío, me llega la humedad del agua. El sol se va apagando, invitándome a volver a casa.

MARI CARMEN TORRECILLA MAESTRE

UNA SEMBLAZA PARA TI, MARY

Entre cacerolas, en la cocina, te recordé, Mary. Había leído mucho sobre ti, ese día. ¡Tu vida, Mary! Necesitaba saber de tu vida.

La ebullición de la salsa daba música a nuestro encuentro; te hablé mientras picaba los ajos y cebollas y el sofrito emanaba olores a sal y pimienta.

Los guisantes reverdecían reaccionando al calor, deshidratados y arrugados pedían agua; el jamón picado y el huevo acompasaban mis dudas y pesares sobre ti, Mary.

Mirando el plof plof de la cocción, los pensamientos volaban sobre mi cabeza.

¡Te haría tantas preguntas, Mary!

Para ti, racionalidad y cultura, era la clave. Pero... Mary ¿Dónde quedaba tu racionalidad cuando te enamorabas? Asida a la necesidad de amor que tenías, nunca te preguntaste por esa dualidad que en ti había.

Amor libre con rechazo de contrato social, era el que tú pedías. Dos profundos amores a los que dedicaste todos tus sentimientos y pensamientos

Dos hijas fueron sus frutos, Fanny y Mery. Tu primera hija, Fanny, te acompañó pronto en tu viaje que llaman a la otra vida.

Fanny vivió la soledad y el abandono. Cortó su vida y en ese trance, nadie le hizo camino. Vio que tú la esperarías, quizás por eso precipitó su marcha, necesitaba a su madre aunque estuviese herida.

Tus miedos se encontraron bruscamente cuando te sentiste abandonada. Melancólicas lágrimas encontraron en tus ojos un largo camino, permaneciendo allí largo tiempo.

Encontraste una y mil muertes una oscura noche que el desamor sacudió tu mente y cuerpo.

Aún con el convencimiento de tus vindicaciones. Lo que hacías no parecía lo que decías ser.

Constante dualidad en ti veía. Amor y racionalidad. Sentimientos que te abstraen a una entrega total de amor y sexo.

Despertaste e idealizaste el amor cuando conociste al padre de tu primera hija, la desilusión te condujo a la puerta de tu propio vórtice infernal.

Con el padre de tu hija Mary, conociste la estabilidad emocional. Lástima que esta nueva vida, que de la mano te llevaba al gozo, quedó truncada con el nacimiento de tu hija Mary. Un mal parto y las raíces de tu vida de un sólo golpe fueron arrancadas.

Tu hija siguió en sus inquietudes y escrituras.

No sé si te he conocido lo suficiente, sí sé que he descubierto una mujer valiente admirable y que ha enseñado en un mundo olvidado, con su propia vida.

Te arrojaste a ella, sin medir las consecuencias de las fracturas de vivirla con toda la plenitud que tú idealizabas y adoctrinabas.
Gracias por tus enseñanzas. Viví en ti sentimientos puros.
Abrazos, Mary.

MANUELA CRUZADO DÍAZ

UNA NAVIDAD DIFERENTE

Estas navidades he recibido la visita de un amigo entrañable de mi juventud. Lo conocí durante un periodo de mi vida en el que estuve viviendo sola en Francia.

De familia acomodada, me invitaba muchos fines de semana a la mansión en la que sus padres vivían a las afueras de la ciudad. Hijo único, supuse que había tenido una niñez privilegiada, propia de su condición burguesa.

Siempre me extrañó su estado anímico previo a las fiestas navideñas. Nunca tuve la ocasión de hablar de ello con él pues, cada año en esas fechas, regresaba a Sevilla para estar junto a los míos. Y luego nos vimos a menudo pero nunca coincidimos en Navidad.

Después de tantos años de amistad conocí el motivo por el que odiaba este último mes del año, el secreto que escondía y que impregnó de amargura todas las navidades de su infancia.

Conforme iba desgranando sus memorias se fue convirtiendo en la criatura dolida y frustrada que sufrió, cada navidad, la misma decepción. Conseguí tomar entre mis brazos aquel niño desencantado intentando consolar tantos años de desengaño.

Me contó que él conocía la otra cara de la esperanza, la que pocos conocemos. Una esperanza cruel y despiadada que le visitaba cada mes de Diciembre.

Muy a pesar suyo, cada año soñaba que le visitaría Papa Noel y le traería un juguete. Ni siquiera se atrevía a pedir uno en concreto y menos aún osaba escribirle una carta. Con este deseo invocaba, de forma involuntaria, a la esperanza que se asomaba burlona, por la rendija que su expectación había abierto. Confesó que cualquier juguete envuelto en papel regalo, esperándole al pie del árbol, le hubiese colmado de felicidad.

Cada Navidad bajaba ilusionado y buscaba algún paquete con su nombre. Y un año, dejó de soñar y la esperanza lo olvidó.

¿Cómo consolar ese niño, perdido en el hombre de hoy, que había dejado de soñar?

Unos días después de nuestra conversación y en la mañana del veinticinco de Diciembre nos despertaron mis sobrinos, que llegaron a mi casa eufóricos e impacientes por descubrir sus regalos.

La noche anterior, a escondidas, estuve envolviendo los paquetes de navidad de cada uno. Mis sobrinos buscaron y cogieron el que les correspondía. Como cada año, fueron momentos de algarabía durante los que los mayores reímos al ver la ilusión de los más pequeños. Como cada Navidad, tras abrir los regalos preparo el desayuno que tomamos todos juntos. Sin embargo, este año hubo un momento de confusión pues al pie del árbol quedaba un paquete sin abrir. Los niños intercambiaron miradas, se acercaron al paquete y miraron a mi amigo. Extrañados de la actitud indiferente de éste, lo empujaron hacia su regalo.

Al ver su nombre en el paquete, lo cogió entre sus manos y me miró expectante. Poco a poco asomó el niño que tantos años estuvo anhelando su regalo y que, temblando de ilusión, rompió el papel para descubrir su contenido.

Luego tomamos chocolate con churros. En la mesa había tres niños felices, mis dos sobrinos y él.

MARIBEL CINTADO AYALA

MI NIÑA ARTISTA

El escenario se iba iluminando poco a poco, yo estaba en el centro de las tablas con mis zapatos rojos de tacón y aquel vestido de luz que papá me regaló. Miré al patio de butacas y encontré a toda mi familia, mis amigas...el resplandor de los focos no me permitía ver más allá, pero sí escuchar el clamor con el que era recibida: Saraa... Saraaa...Sara...

Mis zapatos rojos comenzaron a taconear por todo el escenario al son de la música, sin que yo hiciera nada por pararlos: tatacatá, tacatá..., el vestido de luz se ceñía a mi cuerpo y su vuelo abarcaba todo el espacio. Mis brazos se elevaban sobre mí dibujando mil formas, como iniciando el vuelo...

Los focos incidían en los espectadores y podía ver sus caras: estaban entusiasmados. De momento, un rayo de luz se dirigió a mis ojos. De una forma mecánica agarré uno de los picos de la manta y me tapé los ojos... ¡Saraa! ¡Venga arriba, es día de cole! Me di la vuelta evitando ese rayo de sol, que sin permiso me despertó, y con la voz somnolienta grité: ¡Mamá, tengo un sueño! ¡Voy a ser artista!

La realidad me llevó a un gran tazón de Colacao, desbordado por una magdalena que con ahínco quería tocar el fondo del vaso.

ANTONIA GÓMEZ SOUSA

EL ENCUENTRO

Todavía recuerdo aquella primavera, cuando me preparaba después de largos meses para un merecido descanso. El lugar escogido fue el mar, otras veces hubiera preferido la montaña y el aire de la sierra, pero esta vez era diferente.

Necesitaba un cambio que me alejara de aquel ser y su actitud. Se había convertido en una pesadilla y, cuando menos lo esperaba, allí estaba recordándome todos mis miedos, mis incertidumbres, mi cobardía y mi falta de confianza. Demasiadas preguntas, demasiados reproches que no quería escuchar, sólo quería distanciarme de su incómoda compañía.

Transcurrieron unos días hasta encontrarme al fin en mi lugar de descanso. ¡Cómo iba a querer algo más que esa tranquilidad!

Contemplé con admiración el gran manto de azules aguas cristalinas que bailaban al son de una brisa suave y fresca. Un cúmulo de recuerdos y sensaciones acudieron a mi mente y se activaron todos mis sentidos. Respiré hondo, me dejé llevar por todo aquel espectáculo de luz y color. Recuerdos de juventud, cuando aún era una crisálida dormida e incompleta.

Levanté la mirada hacia ambos lados y seguí ensimismada contemplando el deslumbrante paisaje. Me encogí de hombros y me sentí pequeña y libre. Transparente, sencilla, salvaje, creativa, inocente. Todo un misterio. Mi ser en estado puro como cuando era niña.

¡No sé cuánto tiempo estuve en silencio! Todo parecía haberse detenido. Cuando desperté de mi letargo, seguía de pie proyectando mi figura sobre aquella arena dorada y fina. Mis pensamientos volvieron al instante y con él la voz firme e insistente que me dijo:

-Hola, estoy aquí.

- ¿Quién eres? Pregunté con débil voz.

- Imaginé que ya lo sabías- me respondió.

Un halo de tristeza invadió mi cuerpo a la vez que las lágrimas rodaron humedeciendo mis mejillas. Sentí un profundo nudo en la garganta que me impedía articular palabra. Sin saber cómo, me encontré en la arena, sentada frente a "ella". Observaba con atención la débil silueta dibujada. Era yo, sentada frente a mi sombra, mi conciencia, mi alma gemela... ¡que sé yo!

- Vivimos juntas, ¿entiendes?

Un silencio invadió mi mente y abrí los ojos con suavidad a la vez que intentaba comprender lo extraño de la situación.

- ¿Me acechas?

- ¡No!... te acompaño- respondió ella. - Creía que me escuchabas.

- A veces -le respondí con voz apagada-, pero me desagradan tus palabras. Me dan miedo. Me confundes cuando me dices que debo rectificar porque me he equivocado. Que tengo que transformarme y evolucionar. Los encuentros con tu voz me debilitan ¿lo entiendes?

- Sí, pero escucha, no huyas de mí. No pretendo que seas perfecta sino completa y para ello debes contar conmigo y aceptarme: ¡Yo soy tu sombra!

LOLY CABEZAS GARCÍA

UNA DE BRUJAS

Pensamos que fue durante la Edad Media cuando tuvo auge la quema de brujas, pero sería entre los siglos XV y XVII, ya en el Renacimiento, cuando más de 500.000 personas acusadas de brujería murieron en Europa. Culpadas de envenenar con manzanas, hacer invisibles a las personas, provocar impotencia a los hombres, viajar en escoba, matar y comer niños, entre otros muchos.

Las confesiones se obtenían bajo tortura, que no cesaban hasta que afirmaban las acusaciones y daban nombres de otras brujas presentes en los aquelarres. Por tanto no se sabe si esto fue invención de los quemadores o de las quemadas. Existen infinidad de casos detallados acerca de estos procesos.

En Europa la caza de brujas fue atroz, sobre todo después de 1480. Antes del año 1000 d.C. en plena Edad Media, nadie era ejecutado por ser hechicero o bruja. Quinientos años después la Iglesia Católica afirmaba que quien realizaba estos vuelos, estaba asociada al diablo. Ya en el siglo XIII autorizó el empleo de tortura, contra las brujas y sobre todo, contra miembros de otras organizaciones religiosas que estaban surgiendo en Europa y que amenazaban el monopolio de Roma. Luego con el fin de extirpar la herejía, la Iglesia creó la Inquisición.

Mientras se torturaba a los herejes, las brujas estaban a salvo bajo en *Canon episcopi*.

Luego se pensó que estas mujeres volaban a las reuniones de las sectas heréticas, así que se las torturaba hasta que aportaban nombres de otros herejes.

Será el Papa Inocencio quien en 1448 autoriza a los Inquisidores a exterminar a las brujas en toda Alemania. Estos crean un libro titulado "El martillo de las brujas" donde se indica como identificar, acusar, procesar, torturar y sentenciar a las brujas. Católicos y protestantes lo aplican en Europa con un resultado devastador.

Aunque no existe consenso, algunos autores piensan que el total de procesos en Europa, durante la Edad Moderna podría de de 110.000, con 60. 000 ejecuciones. Pero la cifra varía enormemente según los historiadores.

La historia de la misoginia aún no ha terminado...

ANTONIA GÓMEZ SOUSA

MICROS DE MANUELA CRUZADO

OSCURA NOCHE.

Ella se quedó ahí, en un recodo del camino, para volver siendo otra.

Había hecho lo que no estaba prohibido.

Volvió a andar lo andado. Aquellos años que cohabitaron con ella de vergüenza y obediencia. Una religión incisiva y malvada que deja momentos agónicos.

¡Tiene poder para cambiar ese recodo que rechina!

Educada en la sumisión.

¡Mujer!

Obediente A las normas sociales y morales.

Nadie le explica por qué.

Ahora quiere rehacer lo hecho. ¡Rebelarse!

Aquella noche estaba inquieta, todos dormían, era vísperas de Nochebuena.

Ya de madrugada, escucha el tintineo de las llaves, sus oídos expectantes sobre la cerradura ya abierta. Un temblor que no controla la invade.
Se hace fuerte detrás de la puerta del dormitorio. Esa puerta que tantas noches fue su vigía.
Su hija duerme, es muy niña. La puerta se abre, al tiempo que una voz pregunta.
— ¿Quién eres?
— ¡Soy tu segunda vida!
Sin iras, sin rencor, salió con la mochila llena.
Por una vez, se agarró del brazo de las dos vidas. Un duelo con fuerza.
La oscura sombra del hombre que ha llevado el dolor a sus entrañas... ¡Terminal!

EXISTIR

Algún día... Quizás sea, su última respiración.
¿Amor? ¿Dónde estás?
Miró al espejo y se escuchó.

EL ABRAZO

Como la fuerza que trae el mar en noche de tormenta... ¡Quiero! Así te abrazaría yo, con la misma fuerza que me abracé ayer a ese árbol centenario, que rezumaba misterios. Habló conmigo, me contó historias de sus ramas de sus hojas. Me inyectó la savia de la vida.

INCONEXO

Juego a crear y usar un lenguaje inconexo, juego con las palabras que a veces no alcanzan sueños. Sigo buscando porque busco encontrar, en palabras que saltan, unos sentimientos.

NAVIDAD.

¡Se venden ilusiones!
¿Quién las vende?
Una fecha del calendario.

VISIÓN

Le dijeron "Vieja", fue al espejo, se miró y descubrió su buena y atropellada vida.
Se carcajeó.

UNA ESPERA

¿Esperar de la esperanza? ¡Intento vano!

UNA LÓGICA RACIONAL

Fantasmas que reaparecen y que no asustan.
Recuerdos de un pasado que nunca olvidas. Renacer en los años, florecer con primaveras. Sentir alientos duros.
Saborear el amargo recuerdo de la razón de las tantísimas noches.
Dar la bienvenida al tiempo. Lamentar llevar razón. Llevar una pesada carga de razones lógicas. Perder el pudor cuando pactas con esa amarga verdad, ya vomitada.
No mires para atrás, puede seducirte aquello que soltaste.
¡Puede que te atrape!

MANUELA CRUZADO DÍAZ

ASÍ SOY YO

A veces siento cómo me deshojan los obstáculos de la vida, cómo me roban la raíz de una rutina y es entonces cuando vuelvo a crecer y transformarme en esa margarita que cada segundo se recompone.

¿Qué sería de nosotras sin nuestras raíces? A veces me pregunto qué tipo de árbol sería y no hallo una única respuesta. Elegiría el roble por la fortaleza, el naranjo por la vitalidad y el olivo por su riqueza. Porque son el conjunto de los elementos los que nos hacen crecer en la vida.

Me sumerjo hacia el fondo y distribuyo mi aliento para seguir navegando por la vida, pues mi sonrisa y mi corazón entre la tierra y el mar me ayudan a nadar gracias al delfín que habita en mi interior.

Me gustaría ser la mesita de noche, aquella que comparte los sueños, que vigila en la noche y que guarda todos los secretos.

Me defino como la roca que forma parte del mar, que quizás se desplace con las olas, pero que siempre acaba encontrando el horizonte.

En mis palabras y en mi sonrisa pertenezco al día, pero en mi interior y en mi poesía convivo en la noche. Aquella en la que el silencio se interrumpe con el grito del alma.

Es mi romanticismo, mi sensibilidad, el Moët Chandon, mi escritura con finales felices: la que me lleva a vivir en pleno París, "La ciudad del amor."

Suelo ser verano, arena, mar y olas, pero cuando se trata de dejarme llevar, de sentir, de vivir... Vivo en la primavera, en el mes de abril. Donde el equilibrio no existe, el vértigo se fortalece y la sensibilidad crece en forma de noria.

Sin duda todos me definen con el Rosa, con la vida de arcoiris, con los momentos de finales felices. Pero el Rosa no convive por sí solo, necesita de todos los colores para ser valorado. Por ello me quedo con el blanco, con el empezar de nuevo, con la suma de todas las cromáticas en fusión.

NALO NARBONA

OLIENDO A AZÚCAR

Era una tarde de verano. Los días nos parecían largos, la luz se extendía en el tiempo, aunque la noche llegaba en un parpadeo, apenas se iba el sol no se veía más allá de lo que iluminaban las farolas que la brisa balanceaba sobre nuestras cabezas. Al finalizar la tarea tras el almuerzo podíamos salir al jardín delantero, el resto nos estaba vetado a los niños de la casa rosa, no así para los que vivían en las cabañas de madera que había en la colina. Ellos correteaban por toda la plantación.

Mamá y la tía Wendy cosían unas colchas de muchos colores en el columpio blanco del porche. Cosiendo y charlando se les pasaban las horas. La tía Wendy vivía abajo, en el pueblo, a ella no le gustaba la plantación, decía que no sabía cómo mamá podía estar allí rodeada de aquella "gente", nosotros no la entendíamos. Ella siempre estaba allí, en nuestra casa, lo único que no hacía en ella era dormir. Cuando el sol se ocultaba tras las plantas de la caña de azúcar, se marchaba en su carromato.

Muchas tardes, mientras estábamos tendidos sobre el césped que había bajo el gran roble, veíamos cómo un humo blanco parecido a una extensa tira de algodón salía por las chimeneas de las cabañas de la colina, a esto lo acompañaba un olor intenso y dulzón, parecido a cuando "Chicha" en su cocina nos hacía pastel de manzana. Papá nos explicó una vez que aquel olor se producía cuando se transformaba la planta en "producto" ¿Qué habría querido decir? Oía bien, nos gustaba.

Papá siempre trabajaba, le veíamos entrar y salir de la casa y dirigirse hacia el granero de la colina, un nave de madera oscura, no como nuestra casa que era tan clara que los del lugar la llamaban la casa rosa (más bien naranja claro, pensábamos nosotros), donde se guardaban los carros, allí también se almacenaban los sacos de "producto" que papá vendía en el pueblo.

Susan, Mathew y yo mirábamos a los niños de la colina, a los niños negros. Sentíamos envidia, corrían por el campo entre las largas cañas, se perseguían, rodaban por la ladera y se reían. Según el predicador al que oíamos los domingos aunque no quisiéramos, la envidia se encontraba entre los pecados carnales, pero eso era lo que nos provocaban aquellos niños.

Vestían unos pantalones de un tejido azul duro y oscuro, no se les veían manchas, nosotros por el contrario teníamos que mirar por nuestros vestidos de lino blanco. Las niñas de la colina llevaban el pelo recogido en unas trenzas que salían desde sus cabezas. Susan y yo pasábamos horas delante del espejo mientras Chicha nos peinaba y luego nos colocaba unos gorros a juego con nuestros vestidos que sujetábamos bajo la barbilla en un gran lazo. Mathew llevaba un sombrero de paja con una cinta roja.

-Cuidado donde os sentáis -nos advertía Chicha, -mamá se enfadará con ustedes.

Cuando Chicha hablaba parecía que cantaba. Trabajaba mucho en nuestra casa; limpiaba los cristales, cocinaba, barría, fregaba el suelo y los cuadros y las cacerolas y los platos, sacudía las alfombras a base de golpes con el atizador, descolgaba las cortinas, nos peinaba, nos vestía, y hacía la colada en el barreño que colocaba sobre una enorme losa cuadrada junto a la puerta de la cocina en la parte de atrás, desde allí se veía, tras las sábanas tendidas que ondeaban al viento casi toda la colina. Con ambas manos restregaba las prendas y paraba a ratos para secarse el sudor de la frente con un pico del delantal. A Mathew le gustaba tirar a Chicha de la falda y ver como ella se encendía de furia y le reprimía la conducta. A él le eso le hacía sentir que era visible para alguien en la casa.

-Señorito Mathew -le gritaba ella mientras Susan y yo nos mirábamos intuyendo que ese su momento. Era el momento importante de Mathew.

Ella nos cuidaba mucho, nos escondía en la despensa de la cocina tras los calderos para ocultar nuestras fechorías. Aun sabiendo que podía recibir nuestro castigo.

Los niños de las cabañas bajaban hasta nuestra cocina cuando papá estaba en el pueblo, Chicha les guardaba los huesos del asado que les daba a escondidas envueltos en unas servilletas de tela dentro de un cubo.

-Se los dan a los perros -comentábamos entre nosotras mientras observábamos la escena desde las ventanas de nuestra habitación.

Mathew acostado boca abajo sobre la alfombra jugaba con unos caballitos tallados en madera empujándolos con sus manos, haciendo una batalla entre ellos como si alguno tuviera que salir victorioso de la contienda.

-Hacen rituales de hechicería -interrumpió.

-¿Dónde lo has oído? ¿Qué es eso? - le preguntamos asombradas.

Mathew ni se inmutó, como si nada siguió inmerso en su batalla equina. Dando un salto desde el alféizar de la ventana, Susan se lanzó sobre él haciéndole cosquillas.

-Este mocoso va a responder ahora mismo a su hermana mayor -Mathew se retorció a carcajadas y Susan le manoseaba a un lado y a otro - Venga chavalín, contesta, qué es eso que has dicho.

-Para, para por favor, - le imploraba Mathew. -Ya te lo cuento. Oí la otra noche, cómo Melvi... - titubeó intentando recordar el nombre -Melvinia Shields, la muchacha negra de la colina le decía a otro joven que haría un ritual de hechicería sobre el patrón blanco.

Atónitas con la historia Susan y yo no salíamos del asombro. -Pero, ¿No habrás estado en el granero? - le preguntábamos mientras lo zarandeábamos cada una cogiéndole de un brazo.

-Sabes que sólo podemos estar en el jardín delantero. ¿Cuándo ha sido eso? ¿Cuándo has estado allí? ¿Te vio alguien? -lo taladrábamos a cuestiones que él no atinaba a contestar. Estaba a punto de llorar. En un acto de compasión lo abracé. -No pasa nada Mathew, pero esto tiene que ser nuestro secreto, nadie puede saber ni que has estado en el granero ni mucho menos lo que has oído. Son cosas de mayores, no debemos involucrarnos, y mucho menos si interviene la gente de la colina.

Me acerqué de nuevo a la ventana, veía los campos de caña perderse en el horizonte y volví a sentir el mismo olor dulzón. Reflexioné sobre lo que había contado Mathew.

Ese nombre... Me resultaba tan familiar...

Continuará...

YOLANDA GUERRERO

HIPOCRESÍA

Al llegar al hospital, tardé casi media hora en encontrar a mi amiga. El recinto es amplio, y sus edificios tienen escrito en la fachada la especialidad. Están separados unos de otros y son tan grandes que sortearlos lleva su tiempo. Como nací en la tierra donde nadie pregunta, maldije mil veces el laberinto de sus setos, calles y cruces. Encima, tenía calentando mi cuerpo al sol de julio, con tan mala suerte, que solo lo pude evitar colocando el mini bolso de tela sobre la cabeza, parte de ella, porque las meninges, el cuello y las tetas me ardían cuando entré en aquella nave rectangular. Os preguntareis cómo la encontré. Fue sencillo, un techo triangular con tejas y en la fachada una cruz sobre la puerta de entrada. Me aseguraron que cerca estaba lo que iba buscando.

—Me podría indicar dónde están los familiares de..., en fin usted ya sabe, esos que no vuelven.

— No, no lo sé —después de lanzar sobre mí una mirada de ojos achicados y ceño fruncido, dijo a continuación—. Si se refiere a los fallecidos, detrás de esa puerta siguiendo el pasillo, no tiene pérdida.

La empleada dio media vuelta empujando un carro, que tenía sujeta una escoba.

Mientras caminaba por el pasillo, iba llamando idiota a mi persona. Entré con las gafas de sol de cristales oscuros casi negros y la penumbra de la sala ocultó los utensilios de limpieza. Me imaginaba a mí en su lugar, cruzando mi generoso cuerpo todos los días con esos espíritus, que buscaban casi todos enfadados su nueva morada. No era ese un lugar para lucir una sonrisa, ni para gastar una broma.

Reconocí a la tía de mi amiga. Estaba sentada en una silla en el lateral de una sala pequeña, casi vacía de muebles. Me fijé en ella por la voz chillona, hablaba con una pareja de mediana edad y un señor muy estirado con un traje negro recién planchado, camisa blanca y zapatos relucientes.

—Le digo Anselmo que a mi Lurdita esto no le hubiese gustado ¿Se ha fijado en lo poco que luce? No me creo que fuese su voluntad.

—Si me lo hubiera dicho, habría cubierto de coronas el ataúd. No sabía que estuviese tan mal de dinero —intervino Anselmo, mientras buscaba con la mirada a esos conocidos que solo se encuentran en esos eventos.

— ¿Para qué?, si la única que hay, está arrinconada encima de una silla y dice que no la va a poner encima.

— ¡Jesús, qué despropósito! —dijo la prima de mi amiga, mientras se golpeaba el voluminoso pecho con el abanico.

—Pues sí, Josefina, sí. Hemos comprado la más grande y la más cara. Para que se note la unión de la familia. ¿Te has fijado en la caja? Menos mal que no ha venido mi vecina, tenía un viaje programado de esos del Imserso. Como ha sido todo tan rápido.

—Pobre, que mala suerte, con lo fuerte que estaba y siempre riendo.

Desde la entrada, hice un recorrido visual por la sala, pues no quería participar de la conversación que sin querer estaba escuchando.

Me dirigía a saludar a un compañero de mi amiga, cuando la mirada de la tía se cruzó con la mía y haciendo gestos con las manos me llamó.

—Adela, me alegro que hayas venido. Acércate, acércate —la tía me cogió la cara con sus manos huesudas y estampó dos besos en cada moflete—. ¡Hay que desgracia! Con lo bien que cantaba —cogió el pañuelo que tenía encima de la falda y después de secarse los ojos se lo acercó a la nariz resoplando.

—Quiero ver a mi amiga —miré a Josefina, que estaba hablando con su pareja.

—Está dentro, detrás de aquella puerta estrecha. Te presento a mi novio, nos vamos a casar.

Solo me quedé lo suficiente para desearles, lo que todos dicen cuando se pronuncia la palabra, casar.

Mientras andaba en dirección a la puerta, noté como sus ojos hacían un recorrido por mi persona. Estaba tranquila, conocía esas miradas y antes de salir de casa ya me preparé para las críticas. Vestido oscuro de manga corta, discreto y sandalias negras, hasta el pelo lo tenía negro.

Allí estaba mi amiga, sus pestañas brillaban, y su piel parecía más pálida cubierta con aquel vestido rosa. Me acerqué a ella y le separé un mechón de pelo de la cara, sentí esa energía rebelde, esa que yo nunca tuve y el silencio unió nuestros cuerpos.

- Te esperaba.
- He visto a tu tía.
- Él tenía alergia a las flores.
- Lo sé.
- Era agnóstico.
- Como tú.
- Sí, como yo. Llevo el vestido de Ibiza, ¿lo recuerdas?

MARGA LÓPEZ DE SABANDO NAVAS

TRABAJO

Con su trabajo levantó aquel imperio, decía. Sus trabajadores le creyeron.
 Antes de irse, pidió el consuelo de unas manos. Su enfermera estaba allí.
 Buscando un trabajo vagaba de bar en bar, olvidando a qué se dedicaba.
 Cuando llegó el jardinero, las rosas estaban en flor. Fue su primera satisfacción.
 Si el trabajo gusta... ¿Es trabajo? Si no te gusta... no es ni vida.
 Emigrante, ausente en la cola del paro. Desarraigo, nostalgia, trabajo...
 Trabaja duramente, no tiene horario, ni festivos, ni reconocimientos, ni...salario. ¿Esclava? No, mujer.
 Mujer siempre trabajadora, ¿Dónde quedó la lucha contra la tiranía? Levántate y clama.
 El trabajo bien hecho es el orgullo de los trabajadores, sea cual sea su oficio.

ANTONIA GÓMEZ SOUSA

TERNURA

Era un día gris o sepia, como todos los días de aquella época. Eran grises o así los recuerdo. Llegué a casa como cada tarde. Venía de la calle, con los pies mojados por la lluvia. Los zapatos rotos dejaban pasar el agua, los calcetines cortos y con el elástico ancho se introducían por el talón dejando la pierna al aire, fría y amoratada. Me encantaba meterme en los charcos. Pero sabía que me esperaba un reproche. Mi madre no me secaría y consolaría, al contrario, me reñiría por mojarme y me diría que me sentara en el brasero a secarme. Aun no comprendo cómo no cogía catarros. Era una niña fuerte.

No recuerdo a mi madre abrazándome. Tampoco castigándome, ni riéndome. Me dejaba vivir y yo cargaba con las consecuencias de mis actos. Simplemente. Una niña autosuficiente y solitaria. Tenía amigas, hermanos, padres, abuelos, tíos, familia extensa, también la sensación de ser una hoja que lleva el viento sin estar sujeta a nada. Me admitían, me aceptaban, incluso me tenían cariño, pero no me necesitaban. No era imprescindible para nadie, o eso me parecía.

Llevaba todo el mes lloviendo. La calle donde vivíamos era estrecha y sin aceras, solo un bordillo entre las casas y el asfalto, un borde por donde corría un río los días de lluvia, un río en él que echaba barcos de papel que mi padre me había enseñado a hacer. Luego los seguía para ver hasta donde llegaban, y me mojaba los zapatos. Solo tenía dos pares, los de diario y los de las fiestas. Estos últimos apenas me los ponía y se me quedaba pequeños, sin romper y pasaban a mi hermana. Los de diario me los ponía siempre y no llegaban a mi hermana. Se rompían. Cuando se me mojaban, mi madre los ponía en el brasero para secarlos, pero no daba tiempo, al día siguiente seguían húmedos y así me los ponía. Al final mi madre me compro unas botas de goma, para la lluvia. Eran altas, me llegaban casi hasta la rodilla, así me podía meter en los charcos, pero me introducía en los más profundos y al final el agua llegaba al filo de la bota, entraba hacia dentro y me encharcaba los pies. Volvía a casa con las botas llenas de agua y los pies mojados. Así eran mis inviernos.

La casa era grande y húmeda. Las ventanas de madera dejaban grandes huecos por donde entraba el aire. La calefacción consistía en un brasero de carbón, en una mesa camilla. Me quemaba las piernas por delante y me helaba por detrás. Las sabanas estaban siempre húmedas en invierno, la ropa también, y los zapatos. En ese reino de humedad y frío, vivíamos cuatro o cinco meses al año. Mas tarde vendrían el calor y los mosquitos.

En la casa de al lado vivían mis tíos y mis primos. Una hermana de mi padre, su marido y sus cinco hijos. Compartíamos el patio de la casa, y estábamos muy unidos.

El marido de mi tía era pendenciero y vago, se pasaba el día en la taberna, y tenía a su segundo hijo trabajando desde muy pequeño, haciendo las cosas que tenía que hacer él. Cuando venía a comer había discusiones y gritos por su parte. Su mujer no le respondía, pero no le tenía miedo. Con su actitud le demostraba todo su desprecio. Nunca vi a mi tía salir a pasear con su marido, ni sola tampoco. Solo iba a misa los domingos, temprano. Jamás discutía, ni se arreglaba para estar guapa, aun así era de una belleza sencilla y perfecta, con su pelo recogido en un moño, y su cara limpia de maquillaje. Hacia su marido, solo indiferencia y dignidad. A veces me pregunto quién maltrataba más, mi tío con sus gritos y sus borracheras, o mi tía con su silencio y su indiferencia, incluso su desprecio..

Aquel día era fiesta, estaba en la cama aún, hacia frío, no tenía colegio, y retozaba las sabanas. Oí voces hablando alteradas, no eran los gritos del pendenciero, ni los silencios de su esposa, tampoco los niños gritaban jugando, eran voces raras. Me iba a levantar, cuando apareció mi madre con un vaso de leche y una magdalena, me dijo que desayunara en la cama, me vistiera y me fuera a casa de mi abuela, donde me iba a quedar todo el día. Me extrañó, nada era normal, ni el desayuno en la cama, ni pasar el día en casa de mi abuela.

Mi abuela tenía muchos nietos, y a veces nos toleraba, pero poco más, no recuerdo un beso de ella. Cuando pregunté qué pasaba, mi madre me dijo que el tío se había puesto enfermo, e iban a venir los médicos. Me despacharon sin más explicaciones.

Cuando salía por la puerta, vi a mi primo que llegaba del colegio donde estaba interno. Subía la escalera corriendo, agarrándose al pasamanos. Era bastante mayor que yo, casi un hombre, pero aun llevaba un pantalón corto que le llegaba por las rodillas y unos calcetines altos. Estaba gordo, y subía con dificultad. Jamás olvidé a mi primo, con su obesidad, intentando subir todo lo rápido que su cuerpo le permitía. Corría como si él fuese a curarlo, como si trajera un remedio infalible. Me extrañó que alguien actuara como si quisiera salvarle la vida.

Mi madre estaba blanqueando la parte baja de la pared de casa de mi tía, no comprendía como un día de fiesta y con mi tío enfermo, mi madre les pintaba la casa. Se lo pregunté y ella me empujó hacia la calle y ya no vi más.

Por la noche volví a mi casa y me la encontré llena de gente vestida de negro y hablando en susurros, nadie me dijo nada, pero comprendí que mi tío había muerto, y eso era un velatorio. Mi primer pensamiento fue de alivio. Se acabaron los gritos y las peleas. No me dio pena, pero estuve mucho tiempo sintiéndome culpable por eso. Nunca se lo dije a nadie.

Cuando no llovía jugábamos al escondite. En invierno de día, cuando llegaba el calor, a la caída de la tarde hasta la hora de cenar y a veces después, cuando los padres secaban sus sillas a la calle para tomar el fresco y hacían una tertulia de sucesos y chistes. Los niños hacíamos dos grupos y nos escondíamos unos y otros buscaban. A medida que crecíamos el círculo de nuestro juego se iba ampliando, llegó un momento en que nos podíamos esconder en todo el pueblo, a veces acabábamos en el cementerio ocultos detrás de una lápida, incluso de noche. Allí vi la primera sombra sin cuerpo.

Herminia era una señora que trabajaba ayudando en las tareas domésticas en casa de mi amiga, Era una mujer grande y acogedora que a veces cuando nos hacíamos daño nos abrazaba y nos cantaba una canción infantil. Sus brazos eran confortables y mullidos. No sabía leer, pero contaba historias de miedo, de ánimas benditas y de muertos que estaban en el purgatorio y demandaban nuestra ayuda. Contaba que en la sacristía de la iglesia del Carmen, las noches de tormenta, se oían arrastrar cadenas, que se iba la luz y en la oscuridad se oían susurros. Ella no tenía despertador y cuando necesitaba madrugar les rezaba a las ánimas y ellas la despertaban, no le fallaban nunca. Herminia veía cosas que aún no habían pasado.

Jesús era un compañero de clase, con el pelo rubio cortado al cepillo, y la piel tan blanca y tan blanda que parecía de algodón. A mí me daba la impresión de que estaba allí, pero no del todo. Él sonreía como si supiese algo que los demás ignorábamos. A mí me parecía que así serían los ángeles, amables y etéreos. Un día no vino a clase, a la semana siguiente nos enteramos de que había muerto. Leucemia dijeron, no sabíamos qué era, pero nos pareció algo muy malo. Y mi compañero Jesús se convirtió en una sombra sin cuerpo que a veces veía, siempre de lejos y sonriendo.

Nunca vi la sombra de mi tío el pendenciero.

MERCEDES CARRILLO ESPEJO

VIEJA CASA DE LA PLAYA

Me reencontré contigo vieja casa. Recordé tus amaneceres, tus paredes que relucían y prestaban reposo a mi cuerpo en las noches de verano.

El silencio, despertó mis recuerdos largo tiempo dormido. La añoranza me atrapó.

Era bueno. Era: vida.

Una fuerza me arrastró a una inmensa marea de situaciones y vivencias de un pasado reciente y lejano. Fui con ellos.

Acepté que tú y yo juntas, no teníamos presente. Era el reencuentro, la despedida de viejas vivencias. Historias de encuentros y desencuentros. Rencores y alegrías familiares, y, como no, de besos y cariño entre padres, hermanos.

Darles la bienvenida a mis propios hijos y a cada nueva vida que en verano resurgía, pausadamente, como llegan los atardeceres.

Tus mareas cambiantes, se me atojaban como mi propia vida, cada minuto, cada hora, todo era distinto. Volví a mirarla y recordé a mis padres ya, ausentes.

Sueños plácidos, allí dormidos

Estuviste en cada latido mío, con cada llanto y cada risa.

Confiábamos la una en la otra. Tú y yo, nos hicimos cómplices, compartiendo viejas y nuevas historias, de temporadas veraniegas.

Viviste mis veinte años. Crecimos sincronizadas.

Veja casa, antes llena. Viva. Ahora, abandonada y sola.

Te miro y te contemplo.

Pronto, llegará tu fin. Entrará en tu jardín la excavadora y te reducirá a un vacío.

Abandonada a tu propia existencia, mi querida y vieja amiga. Sobre tus ruinas, surgirá una nueva, sin recuerdos, ni vivencias. Sólo un presente en blanco que escribirá otra familia.

Querida amiga, a través de tu torreta, llena de diálogos absurdos, rozaban mis ojos las arenas de tu playa, tu mar azul oceánico. Dos ventanas me ofrecían contemplar tus rasgadas olas sobre una solitaria orilla, pobres rugidos arrancados al viento que se esparcían sobre mí: música, movimiento.

Me despido. Un abrazo vieja amiga.

Siempre eterna, siempre viva.

MANUELA CRUZADO DIAZ

YA SIN HUMOS

Desde que lo dejé,
ya no siento las ganas
de saltar de la cama
el domingo a las ocho.

Ni me quedo dormida enseguida,
después de hacer el amor.

Mi cafetito de por la mañana
se ha quedado viudo
y mi bata de casa
huele a lavanda
desde que lo dejé.

Solo mi dedo amarillo,
me recuerda que fuiste
mi compañero,

desde aquel día
que estrené contigo
mi primer sostén.

Que estuviste conmigo:
las noches de insomnio,
de libros y estufa.

De camino al trabajo,
las mañanas de invierno
al bajar del tren.

En las veladas de fiesta
y de borrachera
con los amigos,
siempre estabas conmigo.

Y en los días pasados
de fiebres y pasmos,
y a pesar de todo
no te repudí.

Todos dicen que es
la mejor decisión de mi vida,
que viviré mucho más
y mejor.

Pero es que los días sin ti
solo me han dejado ausencia,
esta cruel impaciencia
y cuatro kilos de más.

TONY BULLÓN

